

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — Tomo XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 946.

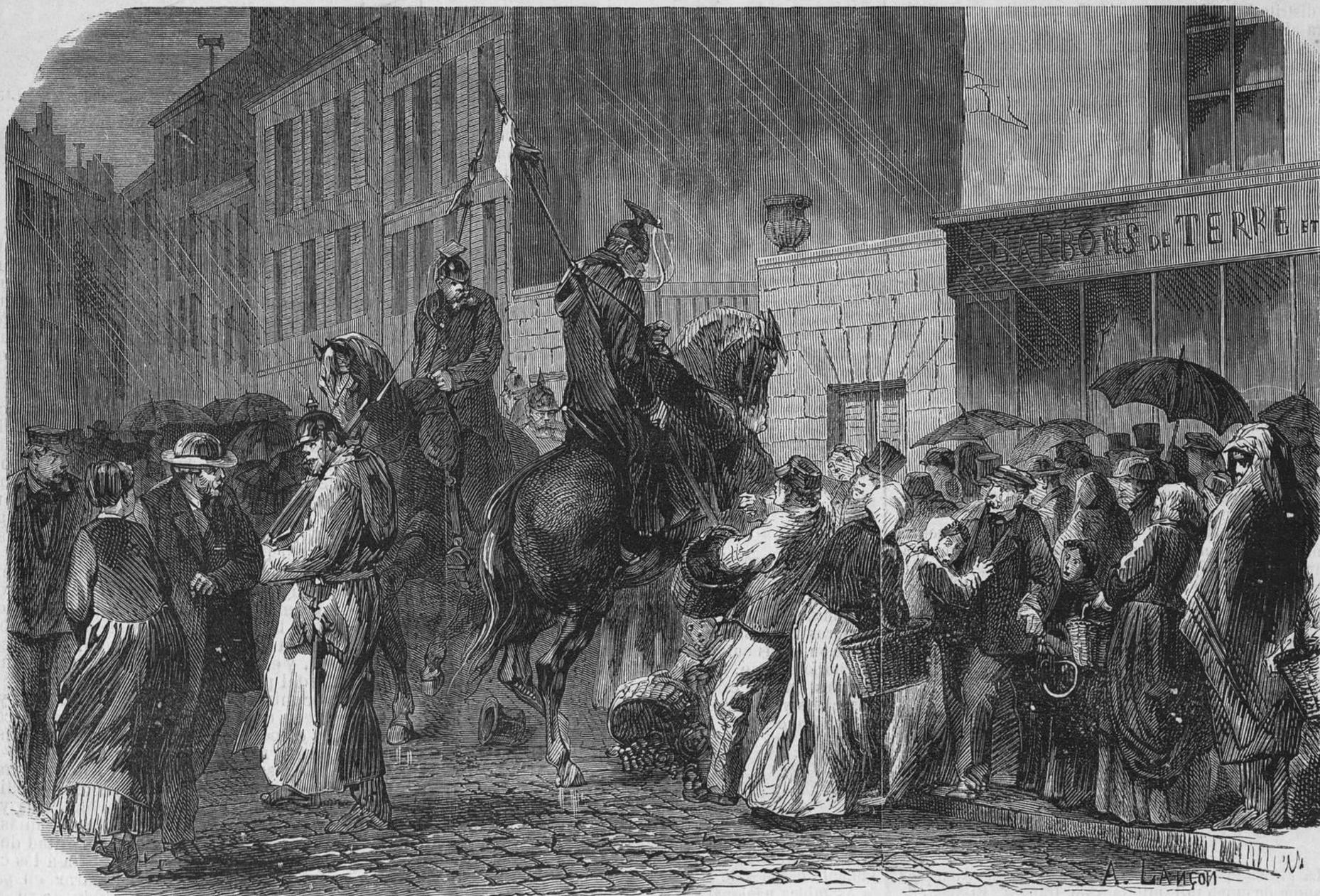
Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

Saint-Denis durante el armisticio; grabado. — Texto de los preliminares de paz. — Estudios históricos. — La Asamblea nacional en el Gran Teatro de Burdeos; grabado. —

Devastacion de Saint-Cloud; grabado. — Revista de París. — Poesía: A la soledad. — El proyectil Bazin; grabado. — Un viaje á Estrasburgo durante el armisticio; grabados. — Escenas de la vida inglesa. — La Peña de Uruei, por don Victor Balaguer. — Una expedicion á San Miguel del Fa. — De París á Meaux: Apuntes de viaje; grabados. — La.

loca de Kandel-Steig. — Centinela de observacion en las líneas alemanas; grabado. — Refugio de los viajeros esperando el tren de la mañana; grabado. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — M. Dorian; grabado. — M. Marcel Follard; grabado.



SAINT-DENIS DURANTE EL ARMISTICIO. — El refrendo prusiano de los pases para volver á París. — (Véase *Un viaje á Estrasburgo*, página 151.)

Texto de los preliminares de paz

EN LA SESION DEL 1º DE MARZO, DE QUE SE HA DADO LECTURA A LA ASAMBLEA NACIONAL, Y CUYO ORIGINAL ESTÁ EN LOS ARCHIVOS DEL MINISTERIO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS.

Entre el jefe del poder ejecutivo de la República francesa M. Thiers, y el ministro de Negocios extranjeros M. Julio Favre, representando á la Francia de una parte :

Y de la otra, el canciller del imperio germánico M. el conde Otto de Bismark-Schönhausen, provisto de plenos poderes de S. M. el emperador de Alemania, rey de Prusia;

El ministro de Estado y de Negocios extranjeros de S. M. el rey de Baviera, el conde Otto de Bray-Steinburg;

El ministro de Negocios extranjeros de S. M. el rey de Wurtemberg, el baron Augusto de Waechter ;

El ministro de Estado, presidente del consejo de ministros de S. A. R. Mgr. el gran duque de Baden M. Julio Jolly;

Representando al imperio germánico.

Habiendo probado en debida forma los plenos poderes de ambas partes contratantes, se ha convenido lo siguiente, para servir de base preliminar á la paz definitiva que deberá concluirse ulteriormente :

ARTÍCULO PRIMERO.

La Francia renuncia en favor del imperio alemán á todos sus derechos y títulos, sobre los territorios situados al Este de la frontera designada como sigue :

La línea de demarcacion empieza en la frontera noroeste del canton de Cattenom, hácia el gran ducado de Luxemburgo, sigue hácia el Sur las fronteras occidentales de los cantones de Cattenom y Thionville, pasa por el canton de Briey rozando las fronteras occidentales de las comunas de Montois-la-Montagne y Roncourt, como tambien las fronteras orientales de las comunas de Marie-aux-Chenes, Saint-Ail, alcanza la frontera del canton de Gorze que atraviesa á lo largo de las fronteras comunales de Vionville, Chambley y Onville, sigue la frontera sudoeste del distrito de Metz, la frontera occidental del distrito de Chateau-Salins hasta la comuna de Pettioncourt abrazando sus fronteras occidental y meridional, para seguir la cordillera de montañas entre la Seille y Moncel, hasta la frontera del distrito de Sarrebourg al Sur de Garde.

La demarcacion coincide luego con la frontera de este distrito hasta la comuna de Tanconville, cuya frontera alcanza al Norte ; desde allí sigue las cimas de las montañas entre los manantiales de la Sarre y de la Vezouse hasta la frontera del canton de Schirmeck, roza la frontera occidental de este canton, abraza las comunas de Saales, Bourg-Bruche, Colroy-La-Roche, Plaine, Ranrupt, Saulxures y Saint-Blaise-La-Roche del canton de Saales, y coincide con la frontera occidental de los departamentos del Alto y Bajo-Rhin hasta el canton de Belfort, cuya frontera meridional abandona no lejos de Vourvenans para atravesar el canton deDelle, en los límites meridionales de las comunas de Bourgone y Froide-Fontaine y alcanzará la frontera suiza, costean-do las fronteras orientales de las comunas de Jonchéey y Delle.

El imperio alemán poseerá estos territorios perpétuamente en plena soberanía y propiedad. Una comision internacional compuesta de los representantes de las altas partes contrayentes, en número igual de ambas partes, será encargada inmediatamente despues del cambio de ratificaciones del presente tratado, de ejecutar en el terreno el trazado de la nueva frontera, conformemente á las precedentes estipulaciones.

Esta comision presidirá á la reparticion de los bienes raíces y capitales que hasta ahora han pertenecido en comun á los distritos ó comunas separadas por la nueva frontera; en caso de desacuerdo sobre el trazado y las medidas de ejecucion, los miembros de la comision darán parte á sus gobiernos respectivos.

La frontera, tal como ha sido descrita, se encuentra señalada con verde en dos ejemplares conformes al mapa del territorio formando el gobierno general de Alsacia, publicado en Berlin en setiembre de 1870, por la division geográfica y estadística del estado-mayor general, y uno de estos ejemplares irá unido á cada una de las copias del presente tratado.

Sin embargo, el trazado indicado ha sufrido modificaciones de comun acuerdo ; en el antiguo departamento de la Moselle, la aldea de Marie-aux-Mines, cerca de Saint-Privat-la-Montagne y de Vionville al Oeste de Rezonville, serán cedidas á la Alemania ; en cambio la ciudad y las fortificaciones de Belfort quedarán á la Francia, con un radio que se determinará ulteriormente.

ART. 2º

La Francia pagará á S. M. el emperador de Alemania la suma de cinco mil millones de francos. El pago de mil millones al menos, tendrá lugar en el transcurso del

año 1871, y el pago del resto de la deuda en un espacio de tres años, á partir de la ratificacion del presente.

ART. 3º

La evacuacion de los territorios franceses ocupados por los ejércitos alemanes, empezará despues de la ratificacion del presente tratado por la Asamblea nacional, establecida en Burdeos. Inmediatamente despues de dicha ratificacion las tropas alemanas abandonarán el interior de la ciudad de Paris, como los fuertes situados en la orilla izquierda del Sena, y en el menor plazo que sea posible, fijado por acuerdo entre las autoridades militares de ambos paises, evacuarán enteramente los departamentos de Calvados, del Orne, de la Sarthe, de Eure-et-Loir, de Loiret: de Loir-et-Cher, de Indre-et-Loire, de la Yonne, y además los departamentos del Sena-Inferior, del Eure, de Seine-et-Oise, de Seine-et-Marne, del Aube y de la Cote-d'Or, hasta la orilla izquierda del Sena. Las tropas francesas se retirarán al mismo tiempo detrás del Loira que no podrán pasar hasta la firma del tratado de paz definitivo. Son exceptuadas de esta disposicion la guarnicion de Paris, cuyo efectivo no podrá pasar de cuarenta mil hombres, y las guarniciones indispensables para la seguridad de las plazas fuertes. La evacuacion de los departamentos situados entre la orilla derecha del Sena y la frontera del Este, ocupados por las tropas alemanas, se efectuará gradualmente despues de la ratificacion del tratado de paz definitivo, y el pago de los primeros 500 millones de la contribucion estipulada en el artículo 2º, empezando por los departamentos mas próximos á Paris, y continuará á medida que se efectúen los pagos de la contribucion. Despues de la entrega de los primeros 500 millones, la evacuacion tendrá lugar en los departamentos de Somme, Oise y las partes de los departamentos del Seine-Inferior, Seine-et-Oise, Seine-et-Marne, situadas en la orilla derecha del Sena, como la parte del departamento del Sena, y los fuertes situados en la orilla derecha. Despues del pago de dos mil millones, la ocupacion alemana no comprenderá mas que los departamentos de la Marne, de las Ardenes, de la Haute-Marne, de la Meuse, de los Vosges, de la Meurthe, como tambien de la fortaleza de Belfort con su territorio, que servirá de prenda para los tres mil millones restantes, y donde el número de tropas alemanas no pasará de 50,000 hombres.

S. M. el emperador estará dispuesto á sustituir la garantía territorial consistente en la ocupacion parcial del territorio francés, con una garantía financiera si la ofrece el gobierno francés con condiciones reconocidas suficientes por Su Majestad el emperador y rey para los intereses de la Alemania. Los tres mil millones cuyo pago haya sido diferido, pagarán un interés de 5 por 100 á partir de la ratificacion de la presente convencion.

ART. 4º

Las tropas alemanas se abstendrán de hacer requisiciones, sea en metálico, sea en efectos, en los departamentos ocupados. En cambio, el nutrimento de las tropas alemanas que permanecerán en Francia, será á expensas del gobierno francés, con las condiciones convenidas por un acuerdo con la intendencia militar alemana.

ART. 5º

Los intereses de los habitantes de los territorios cedidos por la Francia en todo lo que concierne su comercio y sus derechos civiles, se fijarán tan favorablemente como sea posible cuando esten establecidas las condiciones de la paz definitiva. Se marcará un cierto tiempo durante el cual gozarán de las facilidades particulares para la circulacion de sus productos. El gobierno alemán no pondrá ningun obstáculo á la libertad de emigracion de los habitantes de los territorios cedidos, y no podrá tomar contra ellos ninguna medida que alcance sus personas ó sus propiedades.

ART. 6º

Los prisioneros de guerra que no hayan sido ya puestos en libertad por via del canje, se devolverán inmediatamente despues de la ratificacion de los presentes preliminares. A fin de acelerar el transporte de los prisioneros franceses, el gobierno francés pondrá á la disposicion de las autoridades alemanas, en el interior del territorio alemán, una parte del material de sus ferrocarriles, en una cantidad que será fijada por arreglos especiales y á los precios pagados en Francia por el gobierno francés para los transportes militares.

ART. 7º

La apertura de las negociaciones para el tratado de paz definitivo, por concluir sobre la base de los presentes preliminares tendrá lugar en Bruselas, inmediatamente despues de la ratificacion de estos últimos por la Asamblea nacional y por S. M. el emperador de Alemania.

ART. 8º

Despues de la conclusion y la ratificacion del tratado de paz definitivo, la administracion de los departamentos debiendo permanecer aun ocupados por las tropas alemanas, se entregará á las autoridades francesas ; pero estas últimas deberán conformarse á las órdenes que el comandante de las tropas alemanas creará deber dar en interés de la seguridad, de la manutencion y de la distribucion de las tropas.

En los departamentos ocupados, la percepcion de los impuestos, despues de la ratificacion del presente tratado, se operará por cuenta del gobierno francés y por medio de sus empleados.

ART. 9º

Queda bien entendido que el presente tratado no podrá dar á la autoridad militar alemana algun derecho sobre las partes de territorio que ocupan actualmente.

ART. 10.

El presente tratado será sometido inmediatamente á la ratificacion de la Asamblea nacional francesa, establecida en Burdeos, y de S. M. el emperador de Alemania.

En fe de lo cual los abajo firmados han revestido el presente tratado preliminar con sus firmas y sellos.

VON BISMARCK.

A. THIERS.

JULIO FAVRE.

Hecho en Versalles el 26 de febrero de 1871.

Los reinos de Baviera y de Wurtemberg y el gran ducado de Baden, habiendo tomado parte en la guerra actual como aliados de la Prusia y formando ahora parte del imperio germánico, los abajo firmados adhieren á la presente convencion en nombre de sus soberanos respectivos.

Conde de BRAY-STEINBURG.
Baron de WAECHTER.
MITTNACHT.
JOLLY.

Versalles 26 de febrero de 1871.

Estudios históricos.

FUNDACION, ENGRANDECIMIENTO Y CAIDA DEL CALIFATO DE CÓRDOBA.

(Continuacion.)

Aquellas indómitas y rebeldes tribus que se alimentaban en el corazon del imperio, y que habian tenido el triste don de conservar su ruda ferocidad en medio de la cultura de Oriente ; gente vengativa en quien los odios de casta no se extinguian nunca y se trasmitian como una herencia de generacion en generacion ; aquellas hordas, que ya cen sus rivalidades y enconos habian expuesto el emirato á una disolucion, nunca se sujetaron de buen grado á los hombres de la raza árabe y siria, que eran menos que ellos y constituian como una clase aristocrática y privilegiada. Subyugados por el genio superior de los califas Beni-Omeyas, habian sido obedientes sin dejar de ser enemigos ; aborreciad obedeciendo, y obedecian odiando al gobierno central. Así, en el momento que vieron al único califa inepto y flojo, privado del apoyo del gran ministro Almanzor, rompieron sus cadenas los leones de Africa, deshicieron con sus garras el yugo de los Omniadas, escalaron el trono, se repartieron sus fragmentos, y hollaron con sus salvajes plantas los símbolos de la dominacion, y con ellos los tesoros de la cultura y de la elegancia arábica, los libros de la biblioteca de Meruan, las flores de los jardines, y el oro y los mármoles de los suntuosos salones del palacio de Zahara.

Almanzor mismo, con ser tan gran político y tan gran guerrero, cometió dos grandes errores, como guerrero y como político ; el uno con los cristianos, que le acarreo su ruina personal, el otro con los musulmanes, que precipitó la caida del imperio. El primero fué el de sus campañas periódicas: guerreando y venciendo en las primaveras y los otoños, gobernando y presidiendo academias los inviernos y los estios, conquistador la mitad de cada año, y la otra mitad regente, dejaba á los cristianos espacio y hueco, ó para reparar en parte sus desastres, ó para irse recobrando de su estupor y entenderse entre sí: se recobraron, se enten-

dieron, pelearon y murió vencido. El segundo fué el de los gobiernos perpétuos de provincias, ciudades y fortalezas, con que invistió á los wálies y alcaldes que le prestaban algun servicio personal. Mientras el gobierno estuvo en las robustas manos del ministro regente, aquellos pequeños soberanos feudales conservaron cierta sumision á la cabeza del imperio. Pero seguido el funesto ejemplo de Almanzor por los débiles y combatidos califas que le sucedieron, aquellos wálies, hartos propensos ya á la emancipacion, casi impunemente pudieron trocar en dominio lo que la flaqueza y la necesidad les habia otorgado como feudo, y cada régulo se fué proclamando rey en la ciudad ó comarca de su mando: de aquí la multitud de reinicillos que se erigieron, á manera de humildes viviendas fabricadas de los escombros de un soberbio palacio derruido.

Favorecia el espíritu de insumision y de independencia el asiento de la corte del califato. Colocado el gobierno supremo en un punto excéntrico del Mediodía, distante de los puertos marítimos y de las comarcas montuosas del Norte y del Oeste, precisamente donde moraban las rebeldes é indomables tribus berberiscas, cuyo contacto con los cristianos les daba tambien facilidad para aliarse momentáneamente con ellos contra sus señores, la accion del gobierno sobre los disidentes llegaba floja y tardía. La distancia aflojaba los lazos de la unidad, la rebelion los rompía, y las mismas causas facilitaron la desmembracion de dos imperios, la del califato de Siria á mediados del siglo VIII, la del califato de Córdoba, antes de mediar el siglo XI.

Adolecia además la constitucion del imperio mahometano de un vicio de organizacion que lo corroía y mataba. Mahoma, haciendo del Coran un código á la vez religioso, militar y político, creando un magistrado superior que era á un tiempo sumo sacerdote, rey y general de los ejércitos, formando un pueblo de guerreros y de esclavos, habia hecho una ley apropiada para inspirar el fanatismo, muy conveniente para la unidad e impulsión tan necesaria para la conquista, muy oportuna para infundir y alimentar el orgullo que se siente en subyugar y dominar extrañas tierras y regiones; pero la más defectuosa, la más imperfecta, la más viciosa para la vida social de un pueblo. Una vez asentados en una region los musulmanes, ¿qué mejoras se prometian en su condicion social de sus personales sacrificios y de su ciega sumision al pontífice-rey? Esclavos eran, y esclavos habian de ser perpétuamente: pasarian siglos y siglos, y no pasaria su esclavitud; se sucederian generaciones, y los hombres de las generaciones futuras serian tan esclavos como los de la presente y los de la pasada: porque su ley política prescribe la servidumbre, y su ley política es inalterable, inmodificable, inmutable como su dogma. Mientras fuesen conquistadores, los enardecia el entusiasmo de la conquista: dominadores de una region, el único estímulo de sus esfuerzos era el paraíso; tenian que mirar al cielo porque nada podian esperar de la tierra. No podia haber patriotismo, porque patriotismo y esclavitud perpétua son incompatibles, se excluyen, se repelen. Para sacrificarse por un soberano que no habia de mejorar su condicion, querian ser soberanos ellos mismos. En tanto que los soberanos fueron hombres tan eminentes como los califas Beni-Omeyas, el prestigio y el ascendiente de su talento, de su nombre y de su poder bastó á hacer, ó auxiliares devotos, ó súbditos sumisos, ó forzosos vasallos. Vino un califa débil é inepto, y se rebelaron todos. Imperio sin pueblo, porque no es pueblo una congregacion de esclavos, se desplomó como un edificio sin base; faltó el gigante que sostenia en sus hombros la inmensa bóveda, y la bóveda cayó al suelo.

Hé aquí las principales causas de la repentina caída del califato de Córdoba.

Las consecuencias fueron inmensas, inmediatas unas, remotas otras, importantes todas. La caída del califato es la línea divisoria que señala la superioridad del pueblo cristiano sobre el sarraceno. Hasta ahora el pueblo español ha pugnado por vivir; desde ahora empieza á pensar en organizarse: cuenta ya con la existencia material, y comienza su vida política y civil. Los pueblos van ganando derechos políticos de la misma manera que han ganado territorios, lenta y parcialmente, y nacen los fueros de Leon, de Castilla, de Navarra, de Aragon y de Cataluña: legislacion parcial, local, imperfecta, pero preciosa que los alienta á sostener y proseguir la obra de la restauracion, porque al compás que reconquistaban mejoraban su condicion social.

De tal manera, señores, quedaron quebrantados y dislocados los sarracenos desde la jornada de Calatañazor, que aunque los reyes de Navarra, de Leon, de Aragon y de Castilla, los Sanchos y Ramiro, los Alfonsos y Fernandos, no recogieron al pronto todo el fruto que debieron y pudieron de aquella victoria, porque llevados de ese espíritu de rivalidad local, tan innato y tan funesto á los españoles, gastaron lastimosamente combatiendo entre sí las fuerzas que hubieran debido emplear contra el comun enemigo, todavía desde la Mon-

taña del Aguila pudo divisarse en lontananza el resplandor de la cruz plantada por el sexto Alfonso de Castilla sobre los muros de Toledo, la antigua corte de los godos, el centro y el mas formidable baluarte de la España mahometana.

Perdido este baluarte, los musulmanes andaluces en su nuevo conflicto vuelven los ojos al Africa, é invocan el auxilio de los Almoravides. Estos bárbaros africanos, modernos numidas que cruzan el estrecho como sus progenitores llamados por sus hermanos de España, vuelven como aquellos sus armas contra sus mismos invocadores, los vencen, los encadenan, los trasportan al desierto, se apoderan de la España sarracena, y los Almoravides hacen de España una dependencia de Africa, como antes los Omniadas hicieron de Africa una dependencia de España. Los rudos musulmanes del Mediodía destruyen los cultos musulmanes de Oriente: acaba la dominacion de los árabes y empieza la de los moros.

Pero el África no se cansa de arrojar kabilas sobre la península española, y á la invasion de los terribles Almoravides con Yussuf en el siglo XI, sucede en el XII, la irrupcion de los féroces Almohades con Abdelmumen. Estos sectarios de El Mahedi, tan bárbaros que prohibieron con pena de muerte que se escribiera la historia de su dominacion, arrojan á su vez de España á los hombres de Lamtuna. Pero estos Almohades son despues arrollados y destruidos por los Beni-Merines, otros africanos, mas agrestes, si es posible, que ellos. El Mediodía era para España lo que habia sido el Norte para Roma; semillero inagotable de hordas salvajes que se iban empujando unas á otras como las olas del mar. Lo que para el imperio romano fueron la Escitia, la Tartaria, la Escandinavia, el Tánaís y el Vístula, eran para los reinos españoles Berberia, el Magreb, el Atlas, Sús, Fez y Marruecos. Pero el imperio de los Césares fué derrocado, porque Roma tenia que expiar los crímenes del Capitolio, y merecia un Alarico y un Odoacro: España no estaba destinada á perecer, y no merecia un Yussuf y un Abdelmumen, porque en lugar de un Capitolio corrompido defendia una religion pura y santa, y tenia un galardón que recibir en premio de su perseverancia y de su fe.

Eran sin embargo terribles las primeras acometidas de los bárbaros meridionales. Los Almoravides pusieron á punto de sucumbir la causa del cristianismo en Zalaca: los Almohades le dieron un golpe mortal en Alarcos. Mas contra los primeros se levantaron un Campeador castellano y un Batallador aragonés, el Cid Ruy Diaz y Alfonso I de Aragon: el uno les arrancó temporalmente á Valencia, el otro les arrebató para siempre Zaragoza. Para vengar el ultraje de los segundos recuerdan que solo la union les pudo hacer triunfar en Calatañazor, y unen por segunda vez sus banderas, y vencen en la memorable batalla de las Navas, tercer portento de los anales del pueblo español en la edad media. En Calatañazor cayó y se disolvió el imperio omniada; en las Navas de Tolosa cayó y se disolvió el imperio almohade: el primero representa el triunfo del Evangelio sobre el islamismo culto de Oriente, el segundo simboliza el triunfo de la verdad religiosa sobre el mahometismo bárbaro del Mediodía. La causa cristiana prevalece igualmente contra la culta Arabia que contra el Africa salvaje. Era ya el principio del siglo XIII.

A la sombra de estos triunfos ha ido avanzando la restauracion en medio de reveses y contrariedades; ha ido creciendo la nacionalidad á través de dificultades y obstáculos; ha dado grandes pasos la unidad á vueltas de mil rivalidades y discordias; y al mediar aquel mismo siglo dos monarcas españoles, cada uno de los cuales lleva en su frente dos diademas, el uno las de Cataluña y Aragon, el otro las de Leon y Castilla, santo el uno y héroes ambos, Jaime I y Fernando III, prosiguiendo simultáneamente y con igual ardor la empresa de la reconquista, por Oriente el uno, por Mediodía el otro, el uno planta el pendón de San Jorge en la almudena de Mallorca y en la alcazaba de Valencia, el otro enarbola el estandarte de Santiago en el mas alto alminar de la grande aljama de Córdoba y en la torre de la Giralda de Sevilla.

Recobradas las reinas del Guadalquivir y del Guadalquivir, los restos de todas las razas y de todas las dominaciones musulmanas se refugian, se agrupan, se apiñan en Granada como en el último baluarte de una ciudad asaltada por el enemigo. El estrecho, pero pobladísimo reino de Ben-Alhamar, compendio y como extracto de la grandeza de los imperios musulmicos que le precedieron, diminuta herencia de Damasco, de Bagdad y de Córdoba, se sostiene y vive todavía por mas de dos siglos, merced á las distracciones de los dos grandes reinos cristianos; de Aragon, que gasta sus robustas fuerzas en conquistas exteriores y en empresas lejanas; de Castilla, que consume su vitalidad en disensiones intestinas, entre reyes y príncipes, entre monarcas y magnates, entre señores y vasallos. Granada se sostiene con sus discordias de familia y de casta, merced á los funestos celos y rivalidades entre Castilla y Aragon, hasta que, unidos los intereses de ambos reinos por el dichoso enlace de dos príncipes, sujetas am-

bas monarquías á un mismo cetro (pronunciemos señores con veneracion y con orgullo los nombres de Fernando é Isabel), estos dos príncipes marchan acordes y rematan la obra laboriosa de ocho siglos, plantando la sagrada enseña del cristianismo y el pendón nacional en los torreones de la Alhambra de Granada, último monumento y último símbolo de la dominacion mahometana en la península española. El triunfo de Calatañazor tiene su complemento en Granada; el fruto de la Colina del Aguila se recoge á la orilla del Genil, y la muerte de Almanzor el Grande ha producido la caída de Boabdil el Chico, el Augustulo del imperio mahometano de Occidente.

A este notable discurso del célebre historiador moderno español, pronunciado con motivo de su admision en la Academia, contestó el señor don Antonio Cavanilles, en los términos siguientes:

La Academia se complace en contar en el número de sus individuos al señor don Modesto Lafuente, que ha merecido alcanzar grande reputacion literaria, que ha consagrado su vida al estudio, que solo y sin auxilio acometió la árdua empresa de escribir la historia de nuestra nacion. El que ha dado tantas muestras de talento, de recta crítica y de buen gusto, no podia menos de pertenecer á una docta corporacion, que alienta todos los esfuerzos, que premia los merecimientos literarios y que procura mantener viva la llama del saber histórico.

Si necesitásemos otra prueba de los conocimientos y del mérito del nuevo académico, el discurso que acabamos de oír nos la suministraria muy brillante. Con notable elegancia nos ha presentado el cuadro de una época en que dos pueblos, dos civilizaciones se disputaron el dominio de España: paralelo importante, lleno de erudicion y filosofía; panorama magnífico, que ha ido sucesivamente desplegando á nuestra vista las diferentes escenas de la vida civil, política y militar del pueblo árabe y del pueblo cristiano.

Voy, señores, contando mas que nunca con la indulgencia de la Academia, á suceder al señor Lafuente en el exámen de este período, y á manifestar el importante servicio que hicieron los árabes á las letras.

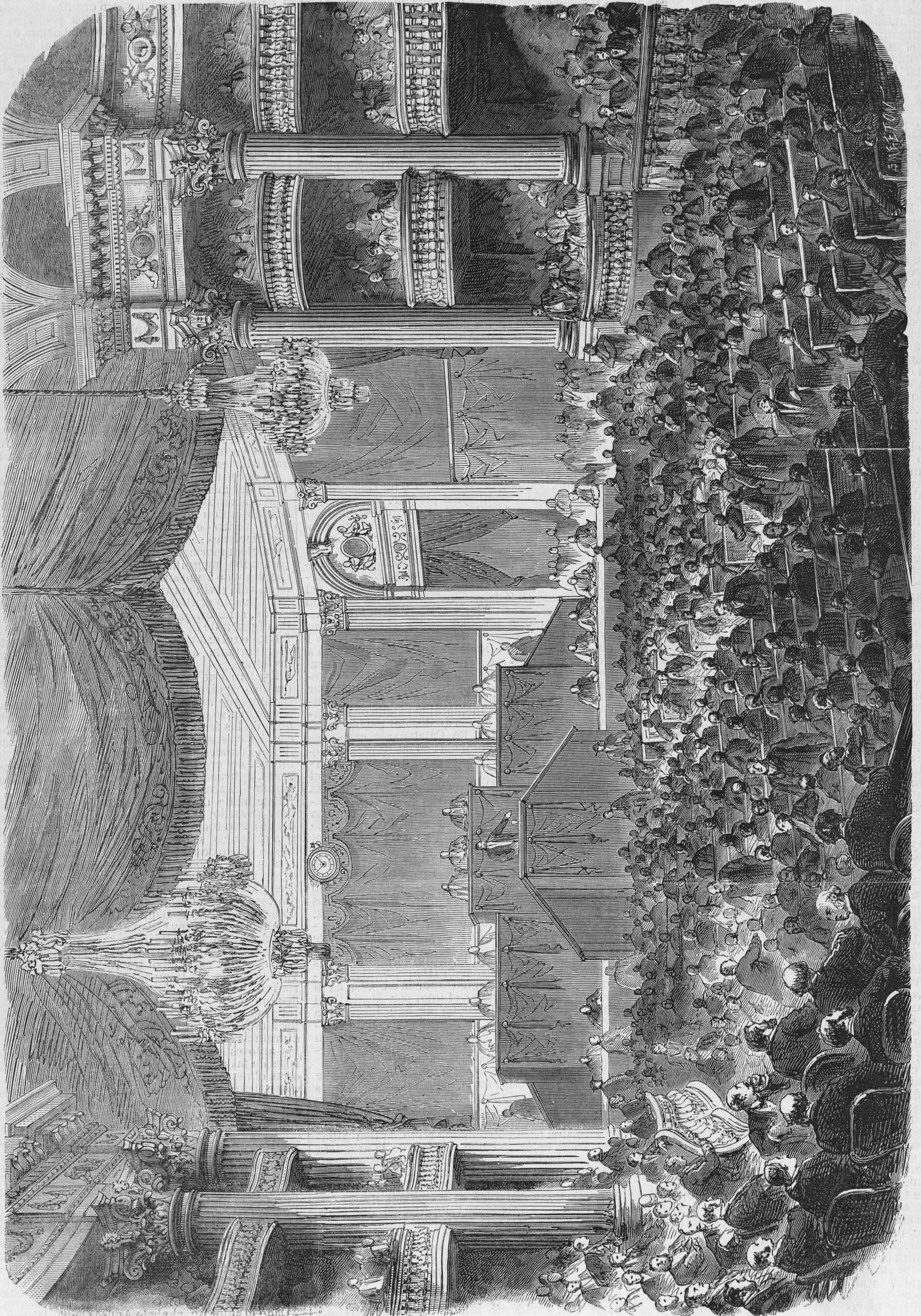
Es claro que para conocer una época en que dos pueblos se disputaron el mando, no basta oír á los escritores de una de las naciones, hay que examinar lo que se escribió por ambas partes, y la historia de los árabes, y sus guerras, y sus relaciones con los cristianos deben ser objeto de un estudio llevado paralelamente, olvidándose al hacerlo del interés, del orgullo, de las pasiones de una y otra gente, aplicando el cuchillo del análisis á lo que alumbre la antorcha de la crítica.

Este linaje de estudios se halla por desgracia muy atrasado: el idioma árabe, no está tan generalizado como fuera de desear, y entre nosotros (mengua es decirlo) se halla casi olvidado cuando debiera ser objeto de culto literario. Los códices desaparecen: el Escorial, ese gran depósito de donde han salido la mayor parte de los que adornan los museos y archivos extranjeros, el Escorial que custodió los códices pertenecientes á don Diego Hurtado de Mendoza, y á Benito Arias Montano, y los cuarenta mil del rey Cidan apresados en 1612 cerca del puerto de la Mármora, vió en 1671 consumirse entre los horrores de un incendio la mayor y la mas rica parte de su tesoro literario, y por las vicisitudes de los tiempos vió despues correr varia fortuna á mucho número de sus mas notables documentos.

Para conocer este período importante de la historia de España buscaban los estudiosos las cortas, diminutas y no siempre satisfactorias noticias de los autores españoles coetáneos á las diferentes fases de la dominacion árabe, y examinaban entre otras obras de menor interés, el cronicon del Pacense, las obras del arzobispo don Rodrigo, las del Tudense, la Crónica latina del Cid, hoy rescatada por la Academia, la Crónica general, los poemas anteriores al siglo XV, y ese rico venero de costumbres, de recuerdos y de glorias que se conserva en nuestros romances.

Por desgracia el resto de Europa no sabia mas que nosotros, y Fernando VI, encargando en 1748 al Siro-Marónita Casiri, el índice y la ordenada descripcion de los manuscritos árabes del Escorial, y Carlos III, dándolos á luz, hicieron conocer al mundo esta riqueza literaria; y se tuvo noticia de mil ochocientos cincuenta y un códices, escritos la mayor parte por árabes, españoles por origen, por nacimiento, por domicilio, ó por escuela; códices referentes casi todos á cosas de España; muchos de los cuales pertenecieron á las bibliotecas musulmicas de Granada.

Dado el impulso, el abate Andrés en su Historia sobre el origen y estado actual de la literatura



BURDEOS. — La Asamblea nacional en el Gran Teatro.

llamó la atención de Europa sobre los árabes españoles; y en nuestros días el erudito Conde publicó la «Historia de los árabes de España,» obra á que debió acompañar el texto original, porque según la bella expresión de Mariana: *la historia no pasa partida si no la muestran quitanza*; obra que dejó incompleta, habiéndose publicado los dos últimos tomos después de su muerte por papeletas mal coordinadas, cuyos defectos no pueden atribuirse al autor sin faltar á la buena fe literaria.

Reivindiquemos, señores, para España la gloria de haber llamado la atención del mundo sobre este género de estudios, que si no han ilustrado mucho la historia patria, han derramado gran luz sobre otros importantes ramos del saber. Casiri, Andrés, Conde, pueden haberse equivocado en algunos puntos. ¿Para qué negarlo? Caminaban por sendas escabrosas, fueron los primeros, los maestros, la guía. Si hoy se alzasen del sepulcro, al ver la injusticia con que son tratados, cuánto no dirían á los críticos modernos, ¡y cómo protestarían, hombres del siglo XVIII, al verse juzgados por la generación presente!

Empero de estos puntos de partida preceden las últimas investigaciones. Unos autores se propusieron en el extranjero traducir á Conde, otros utilizaron los datos de Casiri, otros vistieron con la librea de la novela la Historia de los árabes de España, otros gastan sus fuerzas en hallar defectos en nuestros escritores; y no falta quien trata de imponernos magistralmente sus opiniones pensando que el mundo estaba en el caos y que á él solo fué revelada la luz.

Para juzgar este gran proceso hay que publicar los documentos, como lo hizo un docto académico dando á luz la historia de Almakari; como lo hace Dozy imprimiendo las de los Almohades y Almoravides. De este modo se verá lo que escribieron los árabes, se les comparará entre sí y con los escritores españoles; la arqueología nos mostrará las huellas que dejaron en el país, y el estudio y la recta crítica harán que, mas felices que hasta aquí, veamos levantar parte del velo que oculta los sucesos de aquellas remotas edades.

En tanto, con los datos que hoy poseemos, emplearé los cortos instantes que he de ocupar todavía la atención de la Academia, en la investigación del adelantamiento literario que debimos á los árabes, prefiriendo la historia de las ideas á la narración de los hechos.

Al dirigir la vista á aquellos siglos, al considerar el estado político de Europa, la excentricidad del poder, la insubordinación de unos, la abyección de otros, la corrupción de las clases mas respetables, el silencio de las musas, la general ignorancia, ¿quién habia de creer que la invasión sarracena no agravaría los males intelectuales del país? ¿que en medio de los instintos de ferocidad y de guerra, de las divisiones civiles, de tanta tribu, de tanta raza, de tanta variedad de gentes, habian de encontrarse príncipes dignos del trono, unidad en el mando y protección á las artes y á las letras? ¿Y que los hijos del desierto, recordando en el perfumado suelo de Córdoba los placeres de Damasco y de Bagdad, habian de ser el conducto por donde volviese á Europa el tesoro del saber que habia desaparecido de ella?

(Se continuará.)

Devastacion de Saint-Cloud.

El aspecto de esta risueña localidad, ayer tan grata para los paseantes parisienses y para los visitantes extranjeros, es hoy sobremedida lamentable.

No se ven mas que ruinas y escombros. Tanto en la población antigua como en las agregaciones restantes, apenas se encuentra hoy una calle practicable á los transeuntes. La plaza de Armas, tan animada, tan pintoresca, principalmente el domingo, está hoy sin ninguna de las construcciones que la rodeaban.

En las calles de Orleans, de la Iglesia, y en la mayor parte de las otras calles de Saint-Cloud, las casas se han hundido, y la cascada está obstruida por los escombros. Empero ninguna descripción alcanzaria á la exacta realidad: es preciso ver el desastre para formarse de él idea.

Saint-Cloud, no solo ha tenido que sufrir las necesidades de la defensa, sino que parece que el enemigo se haya encarnizado en su destrucción por medio del incendio con un furor salvaje.

Del palacio de donde salió en julio último el hombre de Sedan, apenas queda en pie una sola piedra.

A. B.



Saint-Cloud durante el armisticio. — Aspecto de la plaza de Armas.

Revista de Paris.

En la sesion memorable que el dia 1º de marzo celebró en Burdeos la Asamblea, M. Thiers afirmó su convencimiento de que la Francia se levantaria rica y preponderante del golpe cruel que acaba de sufrir en su guerra con la Prusia. Con efecto, á juzgar por lo que ya estamos viendo en Paris, no hay duda que M. Thiers es un profeta. Nadie diria que los prusianos se hallaban hace pocos dias acampados en los Campos Eliseos como en un territorio conquistado, ni que á esta suprema humillacion han precedido tan grandes y repetidos desastres, todo el ejército regular prisionero, con un material de guerra que ofrece proporciones fabulosas; las tropas improvisadas en las provincias derrotadas, Paris entregándose por el hambre, los representantes de la Francia obligados á aprobar condiciones de paz que, como decia con razon un periódico inglés, pueden mas bien llamarse condiciones de guerra. No diremos que todo esto se ha dado al olvido, porque seria una ofensa al patriotismo y al buen criterio de una poblacion que siente como otra cualquiera los males de la patria; pero si cabe asegurar, ateniéndonos al cuadro que Paris nos ofrece, que la antigua fisonomía recobra ya su imperio, que vuelve el trabajo á los talleres desiertos durante tantos meses, y que á la tristeza y al abatimiento propios de la situacion en que ha estado Paris, suceden casi sin transicion la vida y el movimiento, y sobre todo esa fe en el porvenir que neutraliza los males del presente.

Los prusianos están todavía á nuestras puertas; pero el gobierno se ocupa en reunir el medio millon de francos que debe libertarnos de semejante vecindad, y no se pasarán ciertamente muchos dias sin que reciban este pasaporte pecuniario que debe alejarlos de las murallas parisienses. Mas aun: segun el tratado de paz ocuparán ciertos departamentos hasta el cobro completo de los cinco mil millones; y ya se está pensando seriamente en empréstitos nacionales ó en combinaciones financieras en el extranjero, para satisfacer desde luego ese gigantesco total á fin de que la Francia se vea libre de sus rapaces enemigos. No nos sorprenderia que este saldo de cuentas se efectuara en breve.

Sucede sin embargo, que mientras Paris se transforma como decimos, hasta el punto que un observador superficial podria decir hoy que ni asomos quedan ya de sus sufrimientos, en las provincias se abrigan temores y se esparcen noticias en manifiesta contradiccion con lo que tenemos á la vista.

El centro de todos estos informes tan equivocados es Burdeos. Allí se propala que Paris está en revolucion, que los héroes de la Comuna son vencedores y han proclamado su famoso gobierno; y por otra parte, que tenemos una mortandad horrorosa y que estamos amenazados de una peste.

Así es que la Asamblea no se dispone á venir á Paris como se esperaba, sino antes bien, parece decidida á fijar su asiento en cualquier parte que sea menos en la capital, en Burdeos, en Tours, en Bourges; y los que hacen mayores concesiones, optan por Fontainebleau ó por Versailles, y esto gracias á M. Thiers, que ha tenido fuerza bastante para hacer aceptar á la mayoría los preliminares de la paz y no la tiene para la traslacion á Paris que defiende con empeño. Fontainebleau ó Versailles en las inmediaciones de la capital, es una transaccion con el jefe supremo del poder ejecutivo; pues seguramente, sin la deferencia que le deben, no se acercarian tanto los diputados á este foco de enfermedades y de desórdenes.

Conviene aclarar un tanto ambas cuestiones.

Ya saben los lectores de estas crónicas que en la noche del 26 de febrero, cuando se creyó en Paris que la paz no estaba firmada y que por consiguiente, como en el mismo dia se acababa el armisticio, podian continuarse las hostilidades, algunos batallones de la guardia nacional corrieron en armas á los Campos Eliseos para oponerse á la entrada de los prusianos.

No entraron los prusianos aquella mañana, y se firmó la paz; pero los milicianos, que quisieron hacer algo ya que se habian reunido en actitud belicosa, sacaron algunas piezas del parque de la plaza de Wagram y las llevaron á distintos puntos, colocándolas en posicion y elevando al mismo tiempo obras de fortificaciones.

Han pasado ya dias desde entonces y los batallones en cuestion, que son los de Montmartre y Belleville, siguen encastillados y diferentes veces han hecho expediciones á varios cuerpos de guardia de Paris en busca de cartuchos, así como también han buscado marinos para aprender á servirse de sus piezas.

Los que han visitado estas obras hacen de ellas curiosas descripciones.

Dicen que la plaza de San Pedro en Montmartre tiene veinte cañones de los que se cargan por la culata apuntando hácia Paris y cubiertos con trincheras.

En el boulevard Ornano hay también otro remedo de fortaleza por el mismo estilo, y entrambas fortificaciones se hallan guardadas por nacionales en actitud belicosa,

Hé ahí lo que inquieta tanto en las provincias.

Pero ¿qué significacion se puede dar á todo esto? Un cartel rojo que se ha fijado ayer en las paredes de todo Paris á nombre de un « comité central de la guardia nacional » nos dará alguna luz en el asunto.

Dice así:

« El comité central de la guardia nacional nombrado en una asamblea general de delegados que representaban mas de 200 batallones tiene por mision el constituir la federacion republicana de la guardia nacional, á fin de que se organice de modo que proteja al pais mejor que han podido hacerlo hasta hoy los ejércitos permanentes, y que defienda por todos los medios posibles á la República amenazada. El comité central no es un comité anónimo, sino la reunion de mandatarios de hombres libres que conocen sus deberes, afirman sus derechos y quieren fundar la mancomunidad entre todos los miembros de la guardia nacional.

» Protesta pues, contra todas las imputaciones que tienden á desnaturalizar la expresion de su programa para impedir que se ejecute. Sus actos, firmados siempre, no han tenido mas que un móvil, la defensa de Paris, y así es que rechaza con desprecio las calumnias que tienden á acusarle de excitacion al saqueo de armas y municiones y á la guerra civil.

» La espiracion del armisticio el 26 de febrero excitó la emocion legitima de Paris en presencia el silencio de los gobernantes. Con efecto, la continuacion de las hostilidades era la invasion, la ocupacion y las calamidades todas que sufren las ciudades enemigas. Por esto la fiebre patriótica que en una noche levantó en armas á toda la guardia nacional, no fué la influencia de una comision provisional nombrada para la elaboracion de los estatutos, sino la expresion real de la emocion que todo el mundo sentia. Cuando se conoció oficialmente el convenio relativo á la ocupacion, el comité central aconsejó á los ciudadanos que mediante su enérgico concurso, asegurasen la estricta observancia del convenio. A la guardia nacional correspondia el derecho y el deber de proteger sus amenazados hogares; y con su levantamiento espontáneo, y su actitud, ella sola supo hacer de la ocupacion prusiana una humillacion para el vencedor.»

Seguramente, si existiera en los términos en que se anuncia, un comité central, una delegacion con pretensiones á sustituir al gobierno regular disponiendo á su antojo de las inmensas fuerzas que constituyen la guardia ciudadana; y si ese comité tuviese en efecto el asentimiento de 200 batallones, el peligro podria ser grande; pero nadie está en la creencia de que sea así, y todo el mundo conviene en que esa tentativa sin razon de ser ya, pues se ha concluido la guerra con los prusianos, es obra de los eternos descontentos del 31 de octubre, que fácilmente se reducirá á la nada.

Por otra parte el desorden á que aludimos es concebible hasta cierto punto.

La guardia nacional ha estado durante muchos dias recibiendo órdenes de todo el mundo, de los comandantes de batallon, de los jefes de sector, de los generales: ahora es otra cosa; el general d'Aurelles de Paladines acaba de tomar el mando superior de la guardia nacional del Sena, y ya se adoptan las disposiciones convenientes para evitar que tan singular conflicto continúe mas tiempo. Se emplearán desde luego los medios pacíficos y se espera que den buen resultado. De no ser así el general de Paladines está resuelto á emplear la firmeza.

Así lo confiesa en su orden del dia á la guardia nacional, cuando dice que el puesto tan honorífico que el gobierno le ha confiado, le impone grandes deberes.

« El primero de todos, añade el general, consiste en asegurar el mantenimiento del orden y el respeto de las leyes y de la propiedad, para lo cual se necesita el concurso de todos los ciudadanos. Durante el sitio de Paris, la guardia nacional ha compartido con el ejército la gloria y los peligros de la defensa: ahora le toca también, en las dolorosas circunstancias que atravesamos, el dar ejemplo de las virtudes civiles y á mi me corresponde dirigirla en sus nobles esfuerzos. Mi regla de conducta será la justicia, el respeto de los derechos adquiridos y de todos los servicios prestados. Es necesario que el trabajo cicatrice cuanto antes las desgracias de la guerra, y solo el orden puede devolvernos la prosperidad. »

El general concluye expresando su firme voluntad de reprimir con energía todo ataque á la tranquilidad de Paris.

Una vez encargado del mando el general de Paladines, se celebró una reunion extraordinaria de los alcaldes de Paris en el ministerio del Interior, en la cual el ministro M. Picard expresó su deseo de que desaparecieran inmediatamente las señales de la organizacion armada, para lo cual la guardia nacional debe comenzar por entregar los cañones y municiones de que se ha apoderado.

Los alcaldes diéron explicaciones sobre la situacion de Paris y con este motivo pudieron desvanecerse las inquietudes sobre la actitud de los batallones de la guardia nacional, espanto de Burdeos; parece ser que lo único que se ha querido ha sido poner á buen recaudo los cañones que aun habia en Paris el dia de la entrada de los alemanes y no otra cosa.

Acerca del comité de que tanto se habla, los alcaldes, al menos en su mayoría, opinan que no debe inspirar recelos al comandante superior, puesto que la poblacion toda piensa

que la union es mas necesaria que nunca para reparar los desastres sufridos.

Vemos, pues, que esa especie de insurreccion que ha puesto en conmocion á los departamentos se reduce á poca cosa, segun juzgan los alcaldes de Paris y que si nuevos acontecimientos no vienen á complicarla, nos encontraremos un dia de estos con que los guardias nacionales de Montmartre y de Belleville han entregado tranquilamente los cañones de que se apoderaron única y exclusivamente para librarlos del enemigo.

Pero hay mas aun: el gobierno ha tomado la palabra, y en una nota oficial ha expuesto las consideraciones que le sugiere la situacion y lo que se promete para conjurar el peligro del patriotismo de los ciudadanos.

Constituido el pais en República « porque la República, ó sea el gobierno de todos, por todos y para todos, es el único sistema que puede unir las almas y prepararlas á necesarios sacrificios » seria un crimen contra la Francia el atacar el nuevo orden de cosas con intrigas ó violencias monárquicas ó dictatoriales. Es preciso someterse á la disciplina social y á la obediencia á las leyes. Lo contrario, no traeria mas resultados que la vuelta del despotismo y la continuacion de la ocupacion extranjera.

El gobierno traza un cuadro aflictivo de la situacion en que se vé el pais, teniendo que pagar la cantidad enorme de cinco mil millones de francos, sin cuyo pago no abandonará el enemigo el territorio; y de aquí la imperiosa necesidad de que se mantenga el orden para poder recurrir al crédito y obtener cuanto antes la evacuacion deseada.

Si ahora que se van á reunir los negociadores para redactar el tratado de paz definitivo, estallan en Francia motines y tumultos, sucederá lo que el 31 de octubre, que fracasaron los tratos por causa de las revueltas del Hotel de Villa.

Esta importante declaracion concluye con la protesta de que el gobierno tiene á punto de honor el fundar la República que defenderá enérgicamente contra los ataques de todos los partidos.

Ante estas afirmaciones no hay ya ni pretexto siquiera para que los que se dicen republicanos, continúen en esa posicion amenazadora, y esto nos acaba de hacer creer que no se turbará el orden.

La cuestion política tan interesante en estos momentos nos deja poco espacio para tratar de la salud pública, otro de los motivos que como hemos dicho ya, invocan los diputados de Burdeos, para no trasladarse á Paris seguidamente.

Las últimas noticias de la comision de higiene dicen que la mortandad, que ha sido considerable durante el sitio, disminuye desde que cesaron las hostilidades y comenzaron á entrar víveres.

Con efecto, el *Moniteur* ha publicado un cuadro de las defunciones que ha habido en las diez y nueve semanas de sitio y en el mes del armisticio, que es un documento palpable de los males que han sufrido los parisienses en ese largo periodo.

Hé aquí este cuadro comparativo entre la mortandad en los tiempos normales y la que señala la estadística durante los mismos meses en el tiempo del sitio:

	1870	1869
Del 18 al 24 setiembre.	1,272	820
Del 25 setiembre al 1º octubre	1,344	713
Del 2 al 8 octubre	1,483	747
Del 9 al 15 octubre	1,610	752
Del 16 al 21 octubre	1,746	825
Del 23 al 29 octubre	1,878	880
Del 30 octubre al 5 noviembre	1,762	921
Del 6 al 12 noviembre.	1,885	877
Del 13 al 19 noviembre	2,064	900
Del 20 al 26 noviembre	1,927	933
Del 27 noviembre al 3 diciembre	2,023	846
Del 4 al 10 diciembre.	2,455	882
Del 11 al 17 diciembre	2,528	955
Del 18 al 24 diciembre	2,728	980
Del 25 al 31 diciembre	3,280	921
	1871	1870
Del 1º al 6 enero.	3,680	1,106
Del 7 al 13 enero.	3,982	998
Del 14 al 20 enero	4,465	980
Del 21 al 27 enero	4,376	1,044
Del 28 enero al 3 febrero	4,671	1,105
Del 3 al 10 febrero	4,451	1,139
Del 11 al 17 febrero.	4,103	1,292
Del 18 al 24 febrero.	3,941	1,362
Total de las defunciones en este periodo	64,154	21,958

Ahora bien, el último boletín del 25 de febrero al 3 de marzo no presenta mas de 3,500 defunciones, cifra muy elevada aun, pero en disminucion constante, lo cual autoriza á esperar á la comision de higiene que el restablecimiento en las condiciones normales de la vida nos volverá á poner próximamente en las condiciones ordinarias de la estadística.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

Á LA SOLEDAD.

ODA.

No quiero ver ciudades,
Ni cortesanos ver, ni ver mentidas
Y orgullosas beldades,
Palmeras carcomidas
Del huracan del vicio combatidas.

Es polvo y cieno impuro
Ese fantasma que placer llamamos,
Cuando con pié seguro
La senda no pisamos
De la austera virtud que tanto odiamos.

Que el vicio es lisonjero
Y ofrece mil placeres engañoso,
Y es dañino y artero,
Y muéstrase amoroso
En jardín perfumado y deleitoso.

¡Ay! ¡cuánto de tristura
Y cuánto de dolor y amarga vida
Espera al sin ventura
Que, con planta atrevida,
Insano pisa su mansion florida!

Avernos son las grutas,
Espinass encubiertas son las flores,
Acibar son las frutas,
Las risas son dolores,
Crudos odios allí son los amores.

No es mio ver al hombre
Ciego correr tras los honores vanos
De mentiroso nombre:
No es mio ver tiranos,
Ni ver de esclavos las atadas manos.

Ni ver esos guerreros,
De aspecto grave y de mirar ceñudo
Esgrimir los aceros,
Y en su entusiasmo rudo
Matar al hombre con furor sañudo.

Ni esa contienda impía,
Sueño de libertad que nunca llega,
Ni ver en claro día
La saña que despliega
Feroz la plebe, en su delirio ciega.

Ni ver esas campiñas
Estériles, desiertas, desoladas,
Y las alegres viñas
Sin fruto, deshojadas,
Por la mano del hombre destrozadas.

Es mio en campo ameno
Los frutos ver que el labrador desea,
Y con rostro sereno,
Mirar que el viento osear
Las hojas de un rosal y las menea.

Y de mi Dios amado
A solas, mi testigo, en paz sabrosa,
De amor arrebatado
En mi pasión honrosa
Su grandeza admirar, suave y dichosa.

Un sueño es ¡ay! la vida,
Un sueño de maldades y dolores;

Ven, virtud, ven, querida,
Y entre árboles y flores
Tu risa me darás, yo mis amores.

MANUEL NUÑEZ DE PRADO.

El proyectil Bazin.

M. Ernesto Bazin, que dirigió la notable exploración submarina en la bahía de Vigo, que conocen ya nuestros lectores, y que organizó el observatorio militar y el faro eléctrico de Montmarire, cuyos dibujos hemos publicado también en este periódico, es inventor de un nuevo proyectil de trayectoria prolongada y de doble efecto que se ha experimentado con resultados concluyentes durante el sitio de París, y cuya descripción se ha hecho en la Academia de ciencias, del modo siguiente:

Habiendo circunstancias en que es muy ventajoso llevar muy lejos y multiplicar en la misma línea de tiro los efectos de destrucción, M. Bazin ha ideado, bajo este doble concepto, un proyectil de *doble efecto* contra las primeras filas y contra las reservas del enemigo.

A veces es mejor perder un poco de precisión en el tiro, si en cambio se hiere más y mucho más lejos. Tal es el caso cuando importa introducir el desorden en las masas ó bombardear ciudades y puertos.

La artillería se servía ya de tres clases de proyectiles, las bombas, las granadas con balas y las cajas de metralla que se empleaban según las ocasiones. La nueva bala es un complemento del armamento.

En principio, este proyectil consiste en un cilindro hueco llamado á hacer oficio de cañón, y en una granada de forma casi ordinaria, que se introduce en el cilindro cañón y se cierra, de modo que cañón auxiliar, pólvora y granada, hacen una pieza y constituyen el proyectil normal.

El juego de los nuevos proyectiles se comprende fácilmente. El fuego de la pieza, en el momento de la ejecución, inflama un cohete central ajustado al proyectil, y cuando ha llegado al punto conveniente de su trayectoria, el cohete determina la inflamación de la pólvora contenida en el cilindro-cañón que proyecta á lo lejos su granada. El cilindro-cañón sigue su trayectoria, salvo una corta disminución de velocidad debida al retroceso, y llega al primer blanco como una bala ordinaria. La granada que ha despedido llega á otro blanco mas lejos; de modo que un solo cañonazo puede introducir el desorden en dos puntos diferentes de las líneas de batallas, ó en dos barrios distantes de una ciudad bombardeada. Así se obtiene á la vez el aumento de alcance y la multiplicación de los efectos de destrucción.

La granada de alcance máximo lleva un cohete de percusión, que estalla al llegar á su destino, como también puede hacerlo por un complemento muy sencillo el mismo cilindro cañón. De esta manera se aumentan mucho los casos y el efecto destructor del proyectil.

Es importantísimo añadir que la granada tiene tres ranuras que la imprimen cuando sale de su culata, un movimiento de rotación sobre sí misma.

Este movimiento se añade al que ha tomado el proyectil entero al salir de la pieza, movimiento que asegura la continuidad de dirección.

Las experiencias con la bala de M. Bazin tuvieron efecto en la batería de Saint-Ouen, mandada por el capitán de fragata M. de Bray, y bajo la vigilancia del vicealmirante la Roncière Le Noury. Las piezas que se emplearon tiraban bajo un ángulo de 25°45'.

No obstante la incertidumbre de determinación en condiciones tan especiales, puede decirse que se alcanzó al blanco. Se pasó del alcance normal de las piezas de marina de á 49. Los cilindros-cañón que se encontraron habían abierto el suelo en un espacio de diez metros, y siguiendo la línea de tiro antes de enterrarse á un metro de profundidad.

La trayectoria teórica de las nuevas balas se ha obtenido mediante las fórmulas ordinarias usadas en Gaves, modificando levemente los elementos del cálculo en razón al peso mas considerable del proyectil (80 kilos en vez de 75) y á su forma mas larga.

Se debieron tomar términos medios para los coeficientes, á fin de acercarse lo mas posible á la práctica.

Así pues, con una velocidad inicial de 335 metros, se ha visto que disponiendo el cohete de modo que la explosión se produzca en el punto culminante, se obtiene, después de la separación de las dos partes del proyectil, 208^m, 887 de velocidad, con el cilindro-cañón, y 305 con la granada. Como la velocidad del proyectil contada en el punto culminante es de 230^m, 997, se ve que se da á la granada con este artificio una velocidad casi equivalente á la que tendría si acabara de salir de la pieza.

En suma, la nueva granada puede alcanzar á 6,987 metros, ó sean 700 metros mas que el proyectil completo.

Todos estos cálculos no pueden servir aquí mas que de guía al experimentador; pero tales son los resultados alcanzados en los experimentos de Saint-Ouen. Es de desear que estas pruebas, intentadas bajo el fuego del enemigo, se continúen en las escuelas de artillería.

B. S.

Un viaje á Estrasburgo

DURANTE EL ARMISTICIO.

Fácilmente se podía prever que un viaje á la heroica y desgraciada ciudad de Estrasburgo, no sería una empresa de fácil ejecución al través de las líneas prusianas.

Pero de todas las expediciones que podían emprenderse en aquel momento, no había una que ofreciera mas noticias curiosas y por esta razón la emprendimos nosotros. Habiendo atravesado en lo vivo la invasión, queríamos dar aquí una idea á nuestros lectores de tanto desastre como hemos tenido á la vista; y sin embargo, desde luego nos adelantamos á decir, que esa idea estará muy lejos de ser completa por mucho que escribamos y dibujemos. No es posible que nadie que no le haya visto, se figure ese terrible cuadro de devastaciones sin ejemplo.

El 3 de febrero obtuve un *pase* al cabo de muchas dificultades, lo cual no me extraña, pues era evidente que los prusianos tenían interés en ocultar á los ojos de los parisienses esas desdichadas provincias del nordeste, que tanto sufren hace medio año y sobre todo esa ciudad bombardeada, heroica, mas francesa hoy que nunca á pesar de todos los tratados.

La primera dificultad consistía en llegar á las cabezas de línea de los ferro-carriles, ocupados y explotados por los prusianos, en vez de la administración francesa desposeída. Después de haberlo pensado, en lugar de andar ocho leguas á pié para llegar á Lagny, resolví con algunos compañeros dar un rodeo por la línea de Creil y la curva de Crespy de Reims para tomar la línea directa en Epernay. Y para esto era preciso ir á pié á Gonesse, mas allá de Saint-Denis, una caminata de cinco leguas.

¡Qué espectáculo ofrecieron á nuestros ojos las cercanías de la capital, hacia tan poco tiempo tan risueñas! Hallábanse convertidas en un vasto desierto de fango y de estiércol, interrumpido acá y acullá por montones de escombros, restos informes de reductos, montones de piedras en forma de barricadas, árboles cortados, escombros de casas, zanjas y trincheras.

A media legua de las fortificaciones estaban los soldados alemanes atajando el camino á todo el que no llevaba *pase*. Detrás de la línea y sentado delante de una mesita de madera, se hallaba el sargento que hacia el primer asiento del día y la hora, con el cual se podía llegar al primer comandante prusiano encargado de poner el sello, de cuyo modo el *pase* se convertía en salvo-conducto sujeto á refrendo en cada estación importante de las líneas ocupadas por el invasor.

Llegamos á Saint-Denis á las nueve de la mañana y habíamos salido á las seis de París. Entre la primera línea prusiana y Saint-Denis, los viajeros que tenían permiso para entrar en la capital recibían aun peores tratos, pues los atropellaban y perseguían jinetes alemanes montados en altos caballos y con la lanza en ristre, para detener á los viajeros. En Saint-Denis no había comida ni posada; todo estaba ocupado y embargado por los oficiales ó por la soldadesca.

Era el sábado 5 de febrero; la ocupación se había efectuado la víspera, y todas las fondas, carnicerías y panaderías habían sido requisicionadas por el vencedor. Los oficiales debían ser servidos en las fondas y los soldados antes que los habitantes en las panaderías y en las carnicerías. No podía quedar gran cosa para los sitiados que llegaban en crecido número. Sin embargo, nosotros pudimos hallar en una taberna extrañada un vaso de vino y un poco de pan blanco; era el primero que veíamos al cabo de tres meses de pan negro y le devoramos con ansia.

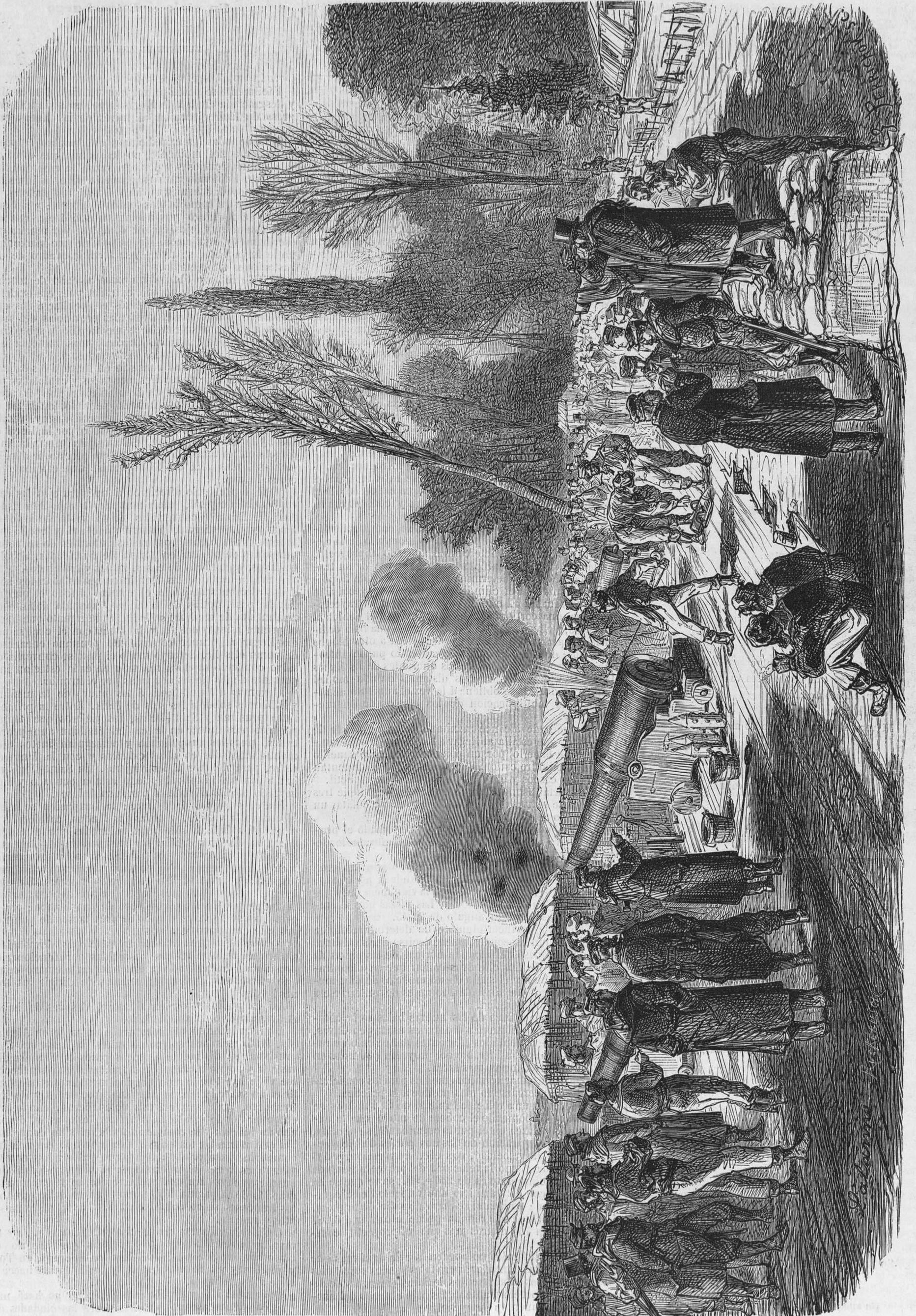
¡Qué aspecto presentaban las estaciones, devastadas, sin vidrieras, sin relojes y servidas por funcionarios prusianos, gesticulando y gritando en alemán, como que ellos solos estaban encargados de dirigir los trenes!

Así lo pudimos ver en Gonesse, después de haber atravesado otro océano de lodo.

Aquí verdaderamente comenzaba un viaje en Alemania, tanto mas penoso cuanto que si la línea era toda prusiana, se distinguía á pocos pasos la Francia devastada y sombría. Jamás los franceses que han hecho ese viaje han tenido una ocasión mas dolorosa de sentir el no saber la lengua alemana. Yo, que soy de Estrasburgo, pude servir á mis compañeros, dándoles á entender donde estaba la *billetterie*, esto es, el despacho de billetes y la *commandature*, el sitio donde había que refrendar los *pases*. Este refrendo era una incomodidad insostenible. Había que pasar horas enteras y muchas veces se interrumpía el viaje, y había que buscar refugio para una noche, como se vé en nuestro grabado de la página 157, porque no se daba puesto á los franceses si no sobraba en los trenes de comestibles y ganado.

Cada veinte leguas era preciso refrendar el *pase* y tomar un nuevo billete. Así tuvimos que hacerlo en Chantilly, en Soissons, en Reims, en Epernay, en Toul y en Nancy y tardamos sesenta y dos horas en hacer el viaje á Estrasburgo.

Queriendo llegar pronto á esta ciudad no haré mas que consignar algunos detalles sobre las ciudades del trayecto. En Reims la miseria era grande; la calles es-

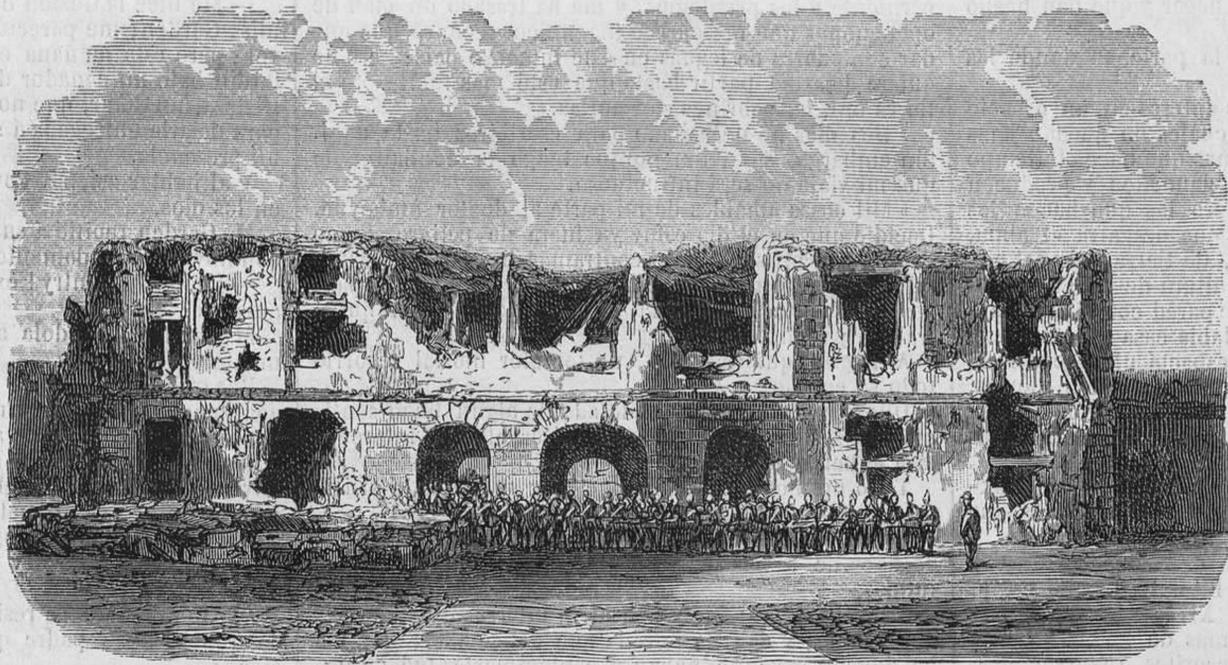


EL SITIO DE PARIS. — Experiencias con el proyectil Bazin en la batería de Saint-Ouen.

taban cuajadas de mendigos. El gobierno prusiano habia prohibido la entrada del carbon de piedra y las fábricas tuvieron que cesar el trabajo durante doce dias.

En Epernay los soldados alemanes se arrojan en tropel sobre las casas del vino de Champaña. En Soissons la estacion está arruinada desde el combate que precedió á la rendición de la ciudad. De lejos distinguimos al heróico pueblo de Toul que sostuvo un sitio de cuarenta y siete dias, como se hacia en el siglo XVI. Se veian, se cañoneaban, se saludaban y se mataban á 300 metros.

Cuando llegamos á Nancy la ciudad estaba

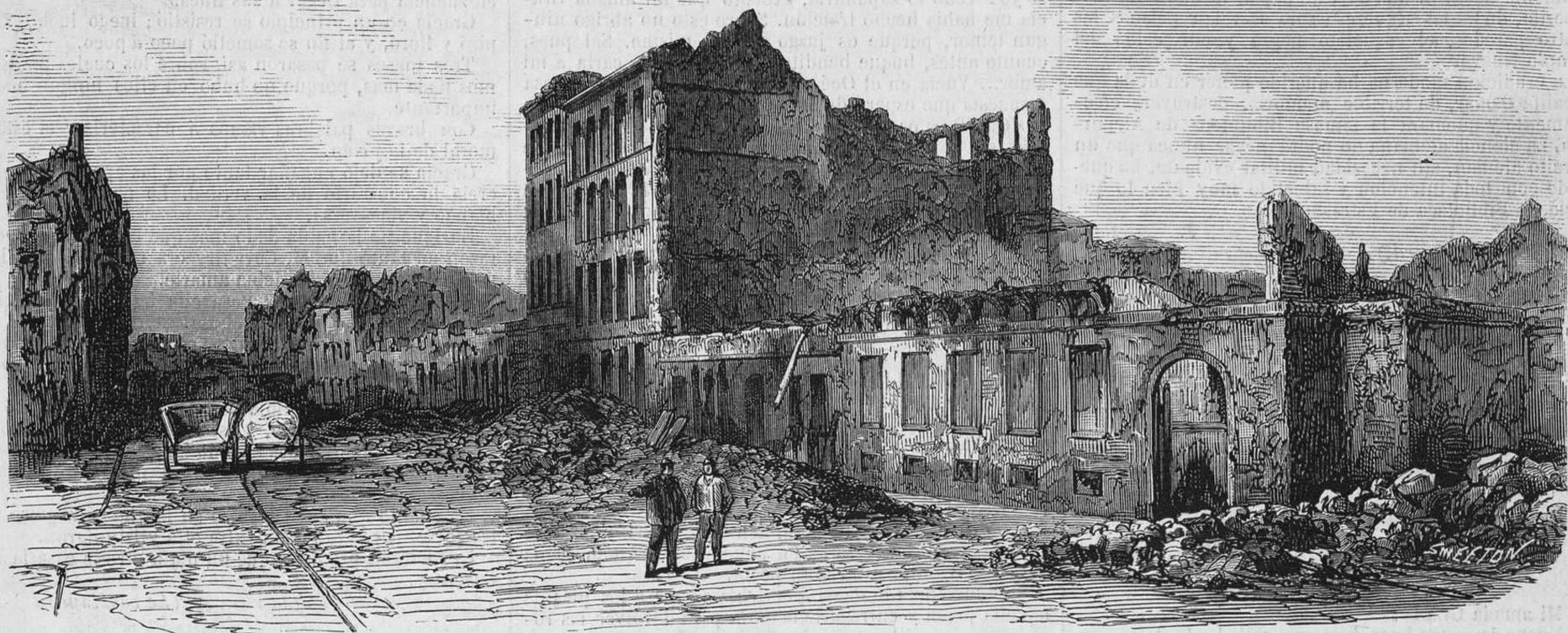


Estrasburgo despues del bombardeo. — El cuartel de la ciudadela.

estupefacta por la emociion que habia producido la ira de los prusianos, despues de la explosion del puente de la aldea de Fontenoy, á dos leguas de la capital de la Lorena. Los franco-tiradores destruyeron el puente para cortar las comunicaciones cuando se acercaba Bourbaki. El recelo de los prusianos fué tal en Nancy que abandonaron las casas y comenzaron sus preparativos de viaje.

Pasado al miedo vino la crueldad.

El gobierno prusiano impuso á la Lorena arruinada ya por cinco meses de ocupacion, otra contribucion de guerra de doce millones; y el emperador de Alemania en una pro-



Aspecto del arrabal de Pierres.

clama que publicó el *Monitor oficial* prusiano de Nancy, aprobó el incendio de la pobre aldea de Fontenoy que duró diez dias y en el que perecieron un anciano, una mujer y un niño. El cura de Gondreville, pueblo inmediato á Fontenoy, quiso implorar durante el incendio á los ejecutores de las altas obras imperiales, pero le prendieron, le maltrataron y sigue encarcelado en Toul.

Dejemos la Lorena para hablar de desgracias mayores todavía. No ocultaré que al salir de los túneles de Saverina, no sin una ansiedad dolorosa eché una mirada por los cristales rotos de mi wagon por la llanura, para descubrir el campanario de la catedral, la humillada reina del valle. Allí se alzaba melancólicamente entre la bruma. No parecia haber tenido averfias. Solo



Exterior del Templo Nuevo — La Biblioteca.

al acercarse se veia torcida hacia la izquierda, la cruz derecha del remate del campanario. Con efecto, en los últimos dias del ataque los sitiadores habian apostado á pegar en la cruz y lo habian logrado, puesto que un predicador recién llegado de la otra parte del rio habia dicho algunos dias despues de la ocupacion, que todo se doblegaba ante el poderío prusiano, hasta la cruz de Cristo. Despues se reparó el ultraje; mas desgraciadamente no habia sido él solo. Cuando se llega al pié del majestuoso edificio ó se penetra en el interior, es cuando se distinguen los daños sufridos, cuya reparacion costará mas de tres millones.

Toda la techumbre de cobre, todo el maderamen de las torres se ha quemado, perdiéndose así preciosos detalles de ornato y de arquitectura. De este modo tra-

taban á una ciudad que querian hacer y que han heeho suya.

Se entra en Estrasburgo por la parte en donde las averías han sido mayores.

Figúrese el lector tres barrios enteros en un espacio de tres cuartos de legua, de los cuales no quedan mas que escombros y ruinas. Las ruinas que hace el tiempo tienen algo de majestuoso y melancólico y producen una impresion de grandeza; pero las que hacen los hombres ofrecen una desolacion que desgarran el alma. Se ven allí montones de piedras, de tierra y de cal ennegrecidos por el humo hasta la altura de un piso principal; aquí y acullá un lienzo de pared con el piso bajo obstruido y los balcones rotos. Habia casa cuyo sitio no se ha podido determinar, y este espectáculo es continuo en los tres barrios. Entre ellos el arrabal de Pierres, cuya fotografia reproduce uno de nuestros dibujos, estaba enteramente nuevo y encerraba quizás las casas mas hermosas de Estrasburgo.

No lejos de allí se encontraba el cuartel de la Finkmat, célebre por la tentativa de Luis Bonaparte, que cubria una grande extension al pié de las murallas, y del cual no quedan mas que ruinas.

Fuimos inmediatamente á la Biblioteca, esto es, al Templo Nuevo, edificio del siglo XIII en donde se hallaba. Esta Biblioteca contenia mas de 250,000 tomos franceses y alemanes, y manuscritos inapreciables, únicos. La ciudad de Estrasburgo se negó en 1867 á enviar algunos de aquellos preciosos manuscritos á la Exposicion Universal, y la reina de Inglaterra habia ofrecido por uno de ellos la cantidad de cuatro millones: era un ejemplar único en el mundo.

En la noche del 21 de agosto comenzó el incendio de la Biblioteca, al mismo tiempo que el de la Catedral, el Museo y la casa Scheidecker: esa noche será célebre en la historia. Una vez que se prendió el fuego, las bombas y demás proyectiles incendiarios continuaron lloviendo con toda intencion sobre los mismos puntos, á fin de alimentar la llama y de hacer imposible todo socorro. Con efecto, al otro dia no quedaba nada, absolutamente nada, ni una hoja de papel, ni una hoja manuscrita, de tantas riquezas; solo se veian peladas las cuatro paredes, el esqueleto negro y enrojecido del Templo Nuevo.

La erudicion moderna ha querido poner en duda que el califa Osmar, de terrible memoria, destruyera efectivamente y quemara la famosa Biblioteca de Alejandría. La ciencia alemana no podrá negar nunca que un ejército aleman, sin necesidad militar evidente, ha quemado con toda intencion y sabiendo muy bien lo que hacia, la Biblioteca de Estrasburgo.

J.

(Se continuará.)

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el N.º 945.)

« Boston (Estados Unidos).

» Mi amada Gracia:

» Nueve semanas hace hoy que salí de Inglaterra y aun se pasarán otras dos antes de que recibais esta carta. Temo que esta tardanza os dé mucha inquietud; mas hé aquí la causa.

» El tren que tomé al salir de Hillsborough sufrió un retraso y llegué á Liverpool cuando ya habia salido el vapor en donde debia embarcarme. Mi primera idea fué volver á Hillsborough; pero convencido de que esto equivaldria á renunciar á mi viaje, me decidí á aprovechar un schooner que se daba á la vela el dia siguiente para Boston. Me embarqué pues, y podeis juzgar en qué disposicion de ánimo...

» En medio de mi tristeza tuve la suerte de encontrar un corazon compasivo en la persona de un anciano gentleman, muy respetable ciudadano de Boston, que era muy reservado con todo el mundo, pero que habiendo notado mi pesar, me habló como un padre. Le conté mi historia, le hablé de vos y le dije cuánto os amaba y por qué dejaba Inglaterra.

» La travesía fué larga por causa de los vientos contrarios. Mes y medio estuvimos en el mar. El dolor que me causaba vuestra separacion, el disgusto por tanto tiempo como habia perdido, y no sé qué maléfica influencia, me dieron una fiebre violenta que me privó de mi razon. No recuerdo mi desembarco. Cuando volví en mí me hallaba en una casa de campo de las inmediaciones de Boston, perteneciente al anciano gentleman. Sus sobrinos y él me han cuidado con un afecto que no olvidaré nunca. Ahora estoy restablecido, aunque muy débil todavía.

» M. Corazon de Hierro, así se llama, y deberia llamarse Corazon de Oro, ha sido para mí el buen Samaritano. Querida Gracia, pedid á Dios por él y por su familia. Me ha dicho que desciende de aquellos peregrinos que fueron los fundadores de la gran nacion en la cual me encuentro; y así es que tiene afecto á los que emprenden una peregrinacion como la mia.

» Felizmente es hombre muy versado en todo lo con-

cerniente á los privilegios, y me ha trazado un plan de operaciones que me parece magnífico. Tendré que andar centenares de leguas en este inmenso pais; pero no quiere dejarme partir hasta que esté mas fuerte. Si el tío es oro, las sobrinas son perlas.

» Dos dias he necesitado para escribiros hasta aquí. Sin embargo, soy feliz, porque tengo la confianza de que mi viaje no será infructuoso.

» Mil cosas amables de mi parte al doctor Amboyne. Decidle que en el día estoy ya fuera de peligro. Como cuento con mi socio y mi contraestre para mis asuntos, no escribo mas que esta carta á Hillsborough, para vos que sois toda mi alma, la única persona por quien trabajo y lúcho...

Al llegar [aquí Coventry, un temblor mortal recorrió todo su cuerpo.

Dijose que todo hombre dotado de algun buen sentimiento, se indignaria contra el miserable que interceptara aquellas líneas.

Tuvo un momento de vacilacion y se preguntó si iria mas adelante en aquella via de infamia.

Levantó entonces los ojos y vió á Gracia Garden que acababa de tomar su puesto acostumbrado en la baranda.

Allí estaba lánguida y pensativa interrogando con sus ojos al mar, y aquella mirada que debia hacer llorar á los ángeles si se inclinaban á contemplarle, fué en derrección al corazon de Coventry como un puñal; pero no por esto dejó de continuar su lectura.

La carta continuaba así:

« Esto me vuelve á hacer pensar en lo que es hoy mi única desdicha. Cuando salí os escribí que tendriais noticias mias antes de un mes, y hace ya cerca de tres que estoy ausente. Ya sabeis que soy discípulo del buen doctor. Me pongo en vuestro lugar, ó mejor dicho, cambio la situacion y me digo: Si mi Gracia me hubiera prometido escribirme dentro de un mes y me dejara tanto tiempo en la incertidumbre, ¡cuán grande no seria mi ansiedad!... Creo que me volveria loco. Se me figuraria que estabais enferma, muerta quizás... ¿Qué sé yo? Todo lo supondria, excepto que mi amada Gracia me habia hecho traicion. Sobre esto no abrigo ningun temor, porque os juzgo por mí mismo. Sal pues, cuanto antes, buque bendito, que llevas esta carta á mi amor... Vuela en el Océano y tráeme pronto la preciosa respuesta que espero de su mano.

» Que Dios os proteja, ángel de mi vida; estrella querida, sin la cual mis fuerzas no son mas que una noche oscura. ¡Oh! ¡Qué instrumentos tan pobres son las palabras! Cuando leo lo que acabo de trazar me parece que no os amo... Lo que siento es tan superior á toda expresion...

» ¿Os diré adios? Esta palabra me desgarran el corazon. Prefiero decir: Pronto nos veremos, querido amor mio.

» Vuestro hasta la muerte,

» ENRIQUE. »

Coventry leyó línea por línea deteniéndose á cada una para mirar á la infortunada criatura á quien se dirigia la carta.

Considerábase como una valla viva y criminal entre dos corazones, y el remordimiento de su crimen, tempestad que nada apaciguaba, rugia mas y mas en su alma.

Pero por otra parte tambien los celos eran una tortura, y entonces hubo en aquel hombre una lucha digna de inspirar á un gran poeta.

Su conciencia le decia que debia correr á los piés de aquella jóven y entregarle la carta para devolver las rosas á sus mejillas y la alegría á su corazon; pero sus celos replicaban que entonces se casaria con Enrique.

¡Qué diálogo tan terrible!

— ¿Estás seguro de salir triunfante en tu crimen? ¿No temes que los dos se van á levantar contra tí?

— ¿Por qué temer? ¿No son ellos los que te han desafiado? El te ha suplantado y ella te ha hecho traicion. Además, ¿qué es interceptar una carta? Otros crímenes has cometido. Eres casi asesino.

— Sí; pero ¿y ese rostro pálido cuya vista no puedes soportar?

— ¿Con que renunciarás á tu venganza cuando tocas al triunfo? Suplántale como él te ha suplantado. Una vez casado, llévatela á Italia. Que nuevas escenas y un amor constante la hagan olvidar lo pasado. Enrique Little no será mas que un sueño para ella.

— ¿Y el remordimiento que te seguirá á todas partes?

— Le sofocarás, le ahogará en el amor, y el dia que ella lo sepa todo, te perdonará. La mujer perdona siempre al que sabe amar.

Aconsejado así por su ángel bueno y su ángel malo, Coventry permaneció un rato indeciso; pero al cabo triunfó el demonio y desgarró en mil pedazos la carta.

Un instante despues se arrepintió; pero era ya demasiado tarde.

La jóven continuaba allí, á pocos pasos de él.

Sus tristes miradas parecian atravesar el follaje como para pedirle cuenta de su infame robo.

Coventry no pudo resistir mas tiempo; salió del cenador y se fué á la orilla del mar, donde estuvo dando vueltas una hora; despues volvió á la casa, se metió en su cuarto y quemó los fragmentos de la carta.

Habiendo obrado así, y no atreviéndose á arrostrar la vista de la jóven, pretextó un asunto urgente y mandó á decir por un criado que marchaba á Hillsborough.

M. Garden cuando oyó el recado corrió á encontrarle en la estacion.

Coventry, que habia recobrado alguna calma, le dijo:

— Me hice la ilusion de que venceria la resistencia de miss Garden; me pareció que me miraba con mas favor; pero esta mañana en tanto que fumaba yo en el jardin bajo un cenador de verdura, observé en ella una tristeza, un dolor, que no pude resistir su vista. Me alejé para dejarla entregada á su dolor y para no turbarla con mi presencia.

Y al hablar así, M. Coventry casi tenia las lágrimas en los ojos.

M. Garden repitió á su hija esta fábula y la jóven se conmovió profundamente.

— ¡Pobre Coventry! exclamó: ¿por qué se obstina en amarme?

M. Garden, viéndola así dispuesta, abogó ardientemente por su amigo.

Recordó á su hija que se habia conducido mal con el gentleman. Gracia convino en ello con sinceridad y no sin cierta apariencia de arrepentimiento, y hasta llegó á decir que si se casaba algun dia, no seria sino con Coventry, á menos que el tiempo no le curase de su cariño como ella se prometia.

Obtenida esta concesion, M. Garden insistió para que le permitiese á Coventry que recobrará su antiguo título de pretendiente.

Al cabo de algunas resistencias la jóven consintió por deferencia á su padre que la prodigaba tantas atenciones.

M. Coventry volvió pues, á sus visitas.

Sin embargo, continuó portándose con la mayor discrecion. Se hizo tan humilde, tan indulgente, atendió tanto á todos los caprichos de la jóven, que consiguió hacerse necesario.

Gracia le veia con placer, como se vé á un perro favorito. M. Coventry la distraia en su soledad y rompía la monotonía de su existencia.

Acabó por no poder pasarse sin verle, parecia que le faltaba alguna cosa cuando él no estaba allí.

Esta situacion habria podido prolongarse sin la intervencion de M. Garden, que como tenia muchos motivos para casar cuanto antes á su hija, puso en juego toda su elocuencia para llegar á sus fines.

Gracia en un principio se resistió; luego luchó, suspiró y lloró, y al fin se sometió poco á poco.

Tres meses se pasaron así, sobre los cuales no diremos nada mas, porque no hubo en ellos ningun hecho importante.

Con breves palabras vamos á caracterizar el estado moral de la jóven.

Gracia se dejó engañar tanto por las apariencias, que creia lo contrario de la verdad. Lo negro le parecia blanco y vice-versa.

Enrique no la habia dado mas que la mitad de su corazon en tanto que M. Coventry era el modelo del honor y del cariño; ella debia amarle.

Además, ¿qué perdía? Para ella habia desaparecido toda probabilidad de ser dichosa.

Todo lo que podia esperar en el porvenir, era la dulce satisfaccion que resulta de la felicidad extraña, ó no se casaria nunca ó se casaria con Coventry.

Tales eran los sentimientos de la jóven, aunque no se atreviera á confesarlo, y así sucedió que por grados y á fuerza de tiempo, despues de haber dicho *no* repetidas veces, acabó por decir *sí* en un momento de cansancio.

En cuanto dijo *sí* se deshizo en lágrimas y quiso retractarse, pero eran dos contra ella y triunfaron.

La hicieron prometer que un dia ú otro se casaria con Coventry.

(Se continuará.)

La peña de Uruel.

(Conclusion. — Véase el número 945.)

III.

DIOS Y LIBERTAD.

Las tinieblas se agrupaban sobre las caprichosas peñas de los Pirineos, algunas de las cuales cubiertas de nieve se destacaban en las sombras pareciéndose á blancas caravanas de fantasmas emprendiendo su pausado vuelo hácia su nocturno conciliábulo. El viento rugia prolongando sus agudos silbidos por aquellos desiertos, y un cielo de plomo, bajo cuya bóveda se mecian y pasaban negruzcos nubarrones, dejaba caer grandes y heladas gotas de agua, precursoras de la tempestad que se formaba en el horizonte.

Sin embargo, á pesar de lo espantoso de la noche, cualquiera observador que hubiese tenido la mirada del águila que poder pasear por sobre aquellos montes, hubiera visto una multitud de sombras ya aisladas, ya reunidas, ya en grupos, ya dispersas, dirigirse hácia la peña de Uruel, trepar hasta cerca su cima y desaparecer repentinamente cual tragadas por un abismo.

Eran los citados por el peregrino Voto, eran los que se dirigian á la morada de los hermanos para, unidos, buscar los medios de salvar la patria.

Un hombre, el herido á quien se diera en la cueva hospitalidad, permanecia á algunos pasos de la misma

y detenía á cualquiera de los que llegaban para trabar con él el siguiente diálogo, que era el santo y seña dado para que ningun traidor penetrara en las filas de los leales hijos de la religion y de la patria.

- ¿A dónde vas?
- A Uruel.
- ¿Para qué?
- Para vengarme.
- ¿Quién te guía?
- Dios.
- ¿Qué esperas?
- La libertad.

Y el recién llegado pasaba.

Sobre trescientos eran ya los que estaban reunidos en la cueva. Dos teas colocadas ante el modesto altar de San Juan Bautista alumbraban aquella asamblea, y reflejaban su luz misteriosa en aquellos rostros de severos perfiles y marcado tipo. Casi todos eran hombres jóvenes y robustos, envueltos unos en trajes formados de pieles, vistiendo otros la sencilla túnica goda ó la cota enmallada que habia comenzado á figurar en el reinado del infeliz Rodrigo.

Todos iban tambien armados, quien con la gruesa maza que debía ser en otro siglo arma característica de la aventurera caballería, quien con la espada de dos cortes llamada spattus, aquel con la pica imitada de los romanos, este con el serama de aguda punta, y la mayor parte con el arco y las flechas de puntas de acero ó de betun inflamado, mientras que algunos llevaban enroscada á su brazo la tradicional honda, con la que arrojaban á gran distancia sus certeras piedras.

El mayor y mas profundo silencio reinaba en aquella reunion, guardando todos respeto á los dos eremitas, Voto y Feliz, que arrodillados ante el altar rezaban en voz baja sus vespertinas plegarias.

Por fin, creyó Voto llegado el instante de hablar, atendido á que estaban ya allí todos los citados. Por consiguiente, levantándose y volviéndose hácia los circunstantes exclamó con voz robusta:

— Compañeros, somos jóvenes, somos fuertes, somos valientes. Ha llegado el instante de que arrojemos de encima de nuestros hombros la esclavitud como una carga inútil y pesada; ha llegado el momento de que sacudamos nuestros miembros perezosos, como sacude el leon de los bosques su melena, pasado el postrador periodo de su fiebre. Pelayo con su puñado de héroes nos enseña el camino desde las triunfantes peñas de Covadonga. Si grandes fueron los pecados de Vitzia y de Rodrigo, la justicia del cielo debe estar ya satisfecha, porque bien grande ha sido la expiacion. La esclavitud de hierro pesa sobre el pueblo que un día dictó leyes á la triunfante Roma y arrastró por el fango y á la cola de sus caballos las enseñanzas orgullosas de sus Césares. ¡Venganza, compañeros! Empuñen las febriles manos el hierro libertador, imitad el ejemplo de Pelayo á quien, cual á otro Gedeon, le ha confiado Dios el castigo de la raza impía, arrojad de vuestras campiñas, de nuestros templos, de nuestros hogares á esos revoltosos bárbaros que han venido á bañarse en la sangre de nuestros hermanos, y enarbolad el pendon de la victoria, el pendon de la cruz, de la independencia, de la patria, sobre hacinados montones de alárabes cuerpos. ¡Dios y libertad! ¡Venganza, hermanos! ¡Dios y libertad!

Un rugido mas bien que un grito unánime acogió estas palabras. Largo espacio retumbó la cueva con los gritos repetidos por las cóncavas peñas de:

— ¡Venganza, venganza! ¡Dios y libertad!

El fuego sacro del entusiasmo lucia en la frente de Voto, colocado sobre la grada del altar como la antigua pitonisa sobre su trípode, los ojos de aquellos trescientos héroes brotaban rayos, sus manos se estrechaban en la oscuridad con febril impaciencia, y las armas chocaban entre sí con agorero estrépito. El amor patrio bullia en el fondo de todos aquellos corazones.

Una voz partió de entre el grupo:

— ¡Un jefe que nos guie al combate, y todos le seguiremos!

— ¡Sí, sí, un jefe! exclamaron unánimes los circunstantes.

— Elegid vosotros mismos este jefe, exclamó entonces Voto. Elegidle y ríndasele en el acto obediencia y homenaje.

Todos los ojos se volvieron entonces y se clavaron en un hombre de atlética estatura que apoyado en su lengua espada permanecía junto á Voto. Sus facciones demostraban la energía y el valor, un rayo de inteligencia brillaba en su despejada frente. Era aquel hombre Garci Jimenez, señor, segun las antiguas crónicas, de Almezeo y Arbazzusa.

— ¡Que sea nuestro rey Garci Jimenez! gritó señalándole uno de los guerreros.

El entusiasmo entonces llegó á su colmo.

— ¡Sí, sí, viva Garci Jimenez! ¡El nos dará la victoria! ¡Honra y prez al campeón de los cristianos!

— Compañeros, exclamó entonces Garci Jimenez con aquella nobleza de carácter y aquella caballeresca hidalguía por la que mas que por sus victorias le señalan las crónicas, si buscáis un hombre de valor á toda prueba, un corazón de bronce para los enemigos, un alma alimentada solo por la fe y por el amor patrio, yo entonces puedo ser vuestro campeón. Si me queiréis rey, me habeis de tomar siendo el primer súbdito de la ley, que son las leyes las que reinan y no los reyes.

— ¡Viva Garci Jimenez! gritaron entonces con mayor entusiasmo al oír aquellas nobles palabras.

— Sí, exclamó dando un paso Voto, nombrémosle rey á él y á sus sucesores, pero instituyamos las leyes que deben estar pendientes como una espada sobre su ca-

beza, dispuesta, si falta, á caer sobre ella como caeria sobre cualquiera de los otros súbditos.

Y pronunciadas estas palabras, antes de pasar á la eleccion, se asentaron en aquella cueva ignorada las leyes fundamentales de la monarquía, conocidas con el nombre de fuero de Sobrarbe, código admirable destinado á ser, como ha sido, un ejemplo y un modelo para las futuras edades.

Voto empuñó una espada, y extendiéndola sobre el altar ante Garci Jimenez, exclamó solemnemente dirigiéndose á este:

— Todos los trescientos caballeros aquí presentes os rendirán obediencia como vasallos, Garci Jimenez, pues de libre consentimiento os eligen rey y os ceden el dominio de los países que conquistar pudiérais, pero debeis jurar ante todo que mantendréis sus derechos y libertades, que partireis las tierras que se ganen entre los ricos hombres, infanzones y caballeros, que ni vos ni los vuestros sucesores tendréis corte, juzgareis ni hareis guerra á otro príncipe, sin acuerdo de doce de los mas ancianos ó sabios de la tierra, quedando en libertad de elegir otro rey cristiano ó infiel, si vos, Garci Jimenez, fallais á algunos de los pactos hechos.

— Lo juro, dijo Garci Jimenez con voz clara y fuerte.

— Entonces, exclamó Voto pronunciando aquellas lamosas y sacramentales palabras que con poca variacion hubieron de quedar como una forma en el reino aragonés, entonces, Garci Jimenez, cada uno de nos, que somos tanto como vos, y juntos mas que vos, os hacemos rey, con tal que hagais observar bien las leyes, y si non, non.

En seguida el mismo eremita se adelantó y ciñó la frente del nuevo rey con un toseco yelmo que hacia veces de corona, puso en sus manos una lanza, que era el cetro que regir debía á aquel pueblo belicoso, y alzóronle por tres veces sobre un pavés segun la usanza goda á los gritos tambien tres veces repetidos de: ¡Viva Garci Jimenez!

En seguida, segun usanza tambien, colocóse el nuevo rey á un lado del altar y todos, uno á uno, fueron á besarle la mano en señal de obediencia.

Tal fué el origen de las libertades aragonesas consignadas en los célebres privilegios de la Union.

Varios escritores refieren, y entre ellos el monge Gauberto, el cual no vacila en atribuirlo á santa inspiracion de los ermitaños Voto y Feliz, que el mismo día y en la misma cueva fué creada, como una garantía de la libertad, la singular institucion del Justicia Mayor, poder intermedio entre el monarca y los súbditos, guardador de las leyes, columna de hierro en que se estrellaban los caprichos del soberano, y rey del rey, porque era el area de la ley.

Es magnífico, es sublime el espectáculo que presenta ese pueblo naciente en la cueva memorable de Uruel, asegurándose antes de tener existencia política, su libertad ó independencia, y guareciéndose con escudo de bronce, el escudo de la ley, contra la tiranía y desafueros de los reyes.

Entonces fué cuando comenzó esa variada serie de sacerdotes de las leyes, superiores en cierto modo á los monarcas mismos, y que debian terminar cuando la cabeza sangrienta de Juan de Lanuza, el último justicia, rodó por las gradas del cadalso que mandó elevar Felipe II. Entonces fué cuando empezó esa otra no menos venerada serie de reyes, héroes y campeones de Aragon, dignos y justicieros monarcas, señores de hombres libres, pues que, segun brillante expresion del monge Gauberto Fabricio, era cada aragonés un rey y su soberano y rey de reyes á imagen de Dios, cuya principal grandeza es mandar libremente á los que crió libres.

Terminada la ceremonia, Garci Jimenez cayó de rodillas, y con él todos sus nuevos vasallos alzaron sus preces al cielo, y sonreia el alba, cuando el rey de aquella noche, ansioso de merecer este título, se lanzó fuera de la cueva dando el grito de « ¡Dios y libertad! »

Todos le siguieron blandiendo sus armas.

El cielo fué propicio á sus deseos.

Ainsa fué la primera ciudad en caer. Garci Jimenez y los suyos arrojaron de ella á los sarracenos despues de una sangrienta lucha en que los cristianos pendones llevaron la primera y señalada victoria.

El ilustre campeón quiso solemnizar esta hazaña con la gratitud, y al efecto mandó restaurar la ermita de los hermanos Voto y Feliz, dándola mayores proporciones, hizola donacion de Ainsa, su primera conquista, y recordando que en aquella cueva habia estado su trono, quiso tambien que en ella tuviera su tumba y señalóla por lo mismo para su morada y sepulcro.

Garci Jimenez continuó sus victorias ensanchando los límites de sus Estados con su triunfadora espada, hasta llegar un día en que se vió cercado de tal multitud de moros, que se creyó irremisiblemente perdido.

En tal apuro, levantó García los ojos al cielo demandando socorro, y vió sobre una encina una cruz roja. Semejante prodigio, dicen las leyendas, fué la señal de la victoria que alcanzó en aquel momento, y para perpetuar aquel hecho, pintó la cruz en su pavés y dió á su reino el nombre de Sobrarbe, derivado de sobre arbe ó sobre árbol.

Interin sucedíanse los hechos de armas que con caracteres indelebles habian de marcar en el libro de la eternidad el nombre del primer monarca de aquellos países, los dos buenos ermitaños Voto y Feliz bajaban al sepulcro, siendo sepultados por los fieles en la primitiva capilla, al lado de San Juan de Azares, y dicen las piadosas leyendas que una luz milagrosa señaló el lugar donde yacian.

Así desaparecieron del número pero no de la memoria de los hombres, aquellos dos justos y piadosos varones cuya vida fué dignamente empleada en servicio de Dios y de la patria; así terminaron sus días aquellos dos corazones leales y patriotas que en el modesto albergue eremítico y cubiertos con la penitente hopalanda, nutrieron las ideas de libertad y de independencia que debian por largos años hacer la felicidad de un pueblo y ser la norma de los reyes.

¡Oh, es una santa causa la de la libertad cuando tiene tantos corazones puros y rectos que se sacrifician por ella!

FIN DE LA PEÑA DE URUEL.

Una expedicion á San Miguel del Fay.

I.

EL CASTILLO DE MONCADA.

Hacia ya tiempo que proyectábamos una expedicion, pero una expedicion de artistas, una expedicion que poder hacer á pié, con el herrado baston de peregrino en una mano, con el album de viajero en la otra, y á un sitio donde necesariamente tuviésemos que tropezar á cada paso con un hecho histórico que recordar, una tradicion que contar ó una hazaña que enaltecer.

Una expedicion á un monasterio célebre, á una ermita solitaria ó á un castillo feudal que nos pudiese presentar abierto su gran libro de ruinas, donde claramente pudiésemos hojear las páginas de su ilustre pasado.

San Miguel del Fay nos sonreia con sus caprichosas cascadas y sus pintorescos puntos de vista, con sus cordilleras de rocas y sus grutas de estalácticas, con sus abismos sin fondo y su camino bordado de recuerdos.

Así es que á los postres de un banquete-mónstruo con que nos regalamos un día en uno de esos blancos pueblecitos de nuestra costa, parecido con el grupo caprichoso de sus nevadas casas á una bandada de castas palomas posada al pié de la montaña: así es, decimos, que al soltarse la idea de una peregrinacion á San Miguel del Fay, treinta y siete se levantaron reclamando ser de la partida.

Túvose en cuenta su deseo, y el viérnes 3 de mayo, todos los que habiamos hecho inscribir nuestros nombres en la lista de los peregrinos, recibiamos la circular siguiente:

« *Romería á San Miguel del Fay.* — Mañana sábado 4, á las dos de la tarde. Punto de reunion: Café Nuevo.

» *Observaciones.* Se suplica la uniformidad de traje por medida de conveniencia. Sombrero hongo negro, gaban de montaña, chaleco oscuro, pantalon polka; un cuerno ó bocina de monte ceñido en bandolera con un cordón verde esperanza; cortaplumas; baston herrado; cartera; cinco napoleones. No se permite llevar mas ni menos de lo expresado. »

De treinta y siete solo acudieron diez y seis á la cita, y de diez y seis cinco no fueron admitidos. Su traje diferenciaba en muchos puntos del uniforme prescrito, y que habia sido sabiamente combinado teniendo en cuenta los inconvenientes de un viaje por la montaña.

Muchos fuimos los llamados, once los elegidos.

Cataluña, recorrida palmo á palmo por el malogrado Piferrer, que agitando la flamígera antorcha ha bajado á todas sus lóbregas cavernas ó empuñando la pluma de poeta ha subido á todas las crestas de sus montes, en busca siempre de recuerdos, en todas partes hallándolos y en todas partes dejándolos; Cataluña guarda y oculta en su seno ricos paisajes que respiran toda la frescura de un cuadro holandés; montes altísimos y de caprichosos y atrevidos picos que rasgan los velos de las nubes para formarse un turbante; bosques inmensos y de centenarios árboles, á cuya sombra han descansado nuestros aguerridos caballeros y de cuyas ramas han colgado la lira nuestros melancólicos bardos; santuarios abiertos en la Peña de una montaña y á los cuales van en devota romería peregrinos venidos de todas partes del mundo, derruidos castillos cuyas rotas murallas conmueve el soplo del huracan, y por cuyos abandonados salones de lujosos artesanos y ogivas ventanas gime quejumbrosamente el viento, grutas caprichosas ó insondables cavernas á las cuales van anexas milagrosas consejas, campos pintorescos citados en la historia de las hazañas, monasterios solitarios, en fin, por cuyos góticos claustros han pasado ilustres y desgraciados guerreros cuyo corazón latiera un día de amor y de ambicion bajo la dura cota de malla, para luego latir de fe y esperanza divina bajo el burdo sayal del penitente.

Y todo eso hermoso con la verdad de la historia, santificado por la riqueza de los recuerdos, poetizado por los colores de la tradicion, descrito y cantado por Piferrer!...

Por Piferrer, que aunque nos haya precedido en este camino, no por ello habrá sido tan copiosa su cosecha que no haya dejado para nosotros una simple gavilla que espigar.

(Se continuará.)

VICTOR BALAGUER.

De Paris á Meaux

APUNTES DE VIAJE.

Voy á escribir algunas líneas que servirán de explicacion á los dibujos que he trazado á la ligera en mi viaje de Paris á Meaux durante el armisticio.

Hé aquí desde luego, y por su órden correspondiente, las escenas que, á mi juicio, caracterizan mejor los diversos aspectos de la ocupacion prusiana.

Al salir por la puerta de Pantin, y despues de haber sufrido la primera humillacion del refrendo parlamentario, me pareció que me encontraba en Prusia, pues todo allí era alemán, hombres, caballos y carruajes.

En la Folie-Bobigny, nuestro vehiculo, que no era otra cosa que una simple carreta como las de Alsacia, cubierta con un toldo y guiada por un carretero badense, fué detenida por húsares sajones y soldados prusianos que nos obligaron á presentar de nuevo nuestros pases.

¡Pobre aldea! No pensaba yo verla en poder de los prusianos despues de la afable recepcion que allí me hizo el comandante Poulizac, que tan valientemente la defendió á la cabeza de los francos tiradores.

De Bobigny llegamos á Bondy, donde nos esperaba otro refrendo; pero esta vez era en un resto de casa y no al aire libre como en la puerta de Pantin. Cumplida esta pesada formalidad, entramos á pié en la calle Mayor de la aldea.

No es posible figurarse semejantes ruinas. Bondy es la imagen de la desolacion mas completa, pues puede decirse que no tiene piedra sobre piedra. Todo está destruido, y lo que queda en pié inhabitable.

Nos cruzamos con una patrulla de dragones bávaros con su capa negra que se hincha con el viento cuando corren con sus enormes caballos; y muy luego esta tropa desaparece en el camino fangoso, entre dos montones de negras ruinas.

Despues encontramos á varios de los desdichados habitantes de Bondy que vienen de Paris y buscan con las lágrimas en los ojos el lugar que ocupó la casa de su pertenencia. El *Reveil-Matin*, café restaurant, sin duda el establecimiento mas notable de Bondy, me pareció como una ironía en medio de tantos escombros. Júzguese pormi dibujo.

(Se continuará.)

Redúcese la poblacion á unas cuantas casas de madera esparcidas sin órden, las cuales si bien no ostentan en su interior la riqueza y el lujo de las grandes ciudades, ofrecen, no obstante, las mayores comodidades y la limpieza mas esmerada. Imagínese el lector situado en este punto y rodeado de un grupo como de 200 parejas de aldeanos, todos robustos, todos alegres, sencillos todos, y dirija una ojeada hácia las viejas que hilan sus enormes copos de lana, hácia los chiquillos que juegan y apuran grandes cuencos de leche, hácia las jóvenes que se separan del bullicio para referirse sus secretos amores, y confiese francamente si á estar mas expedito el camino de los aires no se trasladaria de un brinco á las márgenes del *Kandel* para ver

La loca

DE KANDEL STEIG.

Nada mas pintoresco que las montañas de la Suiza; nada mas risueño que el valle de *Kandel-Steig*. Tendrá este como legua y media de longitud y media de latitud. Está terminado al Mediodia por el paso de la *Guemí* y al Norte por el pueblo de *Froulingen*, uno de los mas ricos del pais: abunda en hermosos pastos, y aunque la mayor parte están situados en terreno llano, se descubren sin embargo algunos montecillos que forman entre sí pequeños valles donde reina una frescura deliciosa. Atra viésanse dos rios; el uno es el *Kandel* que desciende de *Letzberg*, montaña de hielo situada sobre el valle de *Castro*, y el otro menos caudaloso tiene su nacimiento en un pequeño lago que baña el pié de una enorme roca distante solo de las habitaciones un tiro de



De Paris á Meaux. — Refrendo de los pasés en la Folie-Bobigny.



De Paris á Meaux. — Una vista de Bondy durante la ocupacion prusiana.

otro mundo diverso del que se le presenta diariamente en el bullicioso Prado y en el humilde Manzanares. Dos viajeros alemanes, cuyos nombres omito por estar embutidos de embarazosas consonantes, hace ya algunos años que se hallaban reunidos á uno de los grupos que acabo de describir, observando, en parte por curiosidad y en parte por diversion el regocijo de aquellas gentes sencillas. Era cabalmente el día en que un sacerdote de *Froutingen* habia venido á celebrar los oficios divinos á la pequeña iglesia situada en este valle, y las gentes formando círculo á su alrededor escuchaban sus palabras evangélicas con una sincera devoción. Largo rato hacia ya que el venerable pastor arengaba con entusiasmo á sus oyentes, cuando se le acercó al oído una mujer que llamó la atención de los dos viajeros por la singularidad de su figura. Mostraba rayar en la edad de cincuenta años; pero su rostro, aunque sulcado de profundas arrugas, se conservaba fresco y sonrosado, su boca aunque un tanto sumida y desfigurada por el tiempo, dejaba descubrir cuando se sonreía una blanca y bien conservada dentadura: dos melenas de cabellos grises despeinados, le caían en desorden sobre los hombros: el resto iba oculto bajo un enorme sombrero de paja, el cual estaba adornado con una porción de flores secas, pedazos frescos de musgo y hojas de diferentes árboles. Bajo del ala inmensa que servia para defenderla del sol, se veían brillar dos ojos azules, que moviéndose con una velocidad increíble indicaban quererse saltar de las órbitas, lo que unido á su modo violento de accionar, y á la extravagancia y desaliño del traje, daban á su persona un aire tan marcado de demencia, que los dos amigos, guiados de un simpático impulso, se dijeron recíprocamente con una mirada, esta mujer es *loca*. Y en efecto, no se equivocaron en su juicio, porque *Lucia* (que así se llamaba la protagonista de esta leyenda) era conocida en todos aquellos contornos por



Durante el armisticio. — Centinela de observacion en las lineas alemanas.

partes. Separáronse á un lado los dos circunspectos alemanes para examinar mas de cerca la demencia de aquella mujer. cuando ella dejando repentinamente su danza se puso á mirarlos de hito en hito, y aproximándose con aquella brusca familiaridad que inspira la falta del juicio, les hizo una porción de preguntas sin esperar contestacion.

— ¿Vosotros sois forasteros, no es verdad? ¿De qué canton de la Suiza? ¿Este en que estais ahora es el canton de *Berna*? ¿Habreis venido á los baños de *Leuk*?



Gonesse durante el armisticio. — Refugio de los viajeros esperando el tren de la mañana. — (Véase *Un viaje á Estrasburgo*, página 151.)

Son muy buenos para los reumatismos y toda especie de dolores. ¿No habeis conocido á Jorge? es alto y rubio así como vosotros; mas ahora no podreis hablarle porque está durmiendo todavía... pero pronto despertará. No habeis visto la roca de *Ritters-Stein*. ¡Ah! yo sé una historia muy bonita de ese sitio tan pintoresco... si la observais de lejos parece realmente lo que es, un caballero que se lanza á los aires. Este caballero era *Juan Interlaken*, que se convirtió en piedra á pesar de ser un gran mágico: ¿ni habeis penetrado hasta las montañas de hielo del valle de *Lauterbroun*? Vaya, vaya; vosotros forasteros, no coneceis aun los Alpes... pero yo os los enseñaré... venid conmigo, les dijo bajando de tono la voz: voy antes de que sea mas tarde á hacer una visita á *Jorge* y os llevaré en mi compañía: me dareis un pedazo de pan y unos cuantos *butzas*, por que me hace falta dinero para casarme y estamos aquí de vuelta antes del anochecer.

El sacerdote, que no habia perdido ninguna de estas palabras, y que advertia la indecision y el asombro de los forasteros, les dijo haciéndoles un saludo cortés y afable:

— Si ustedes tienen gusto en visitar esa hermosa porcion de los Alpes que acaba de nombrar *Lucia*, pueden desde luego seguirla, porque nadie en el pais conoce mejor las veredas y sendas particulares que conducen al lago de *Kandel-Steig*. Treinta años hace que recorre diariamente esos sitios, y aunque está un poco falta de... (pasóse la mano por la frente para indicar lo que le faltaba) es una excelente mujer.

— Sí, falta de juicio, contestó con viveza la loca, á cuyas penetrantes miradas no se pudo escapar la mal disimulada seña del pastor de *Froutinger*: falta de juicio: esa es la tema de todas las gentes que me ven, pero yo no hago caso porque sé que tengo mi razon mas cabal que todos los que se burlan de mí, y acercándose mas á los viajeros, les dijo con precipitacion dando la espalda al ministro: No hagais caso, señores, este hombre tiene la cabeza un poco trastornada desde el dia en que se le ahogó el caballo en el rio, viniendo á celebrar á la ermita... ¡oh! y el caballo era precioso: le faltaba el ojo derecho y estaba lleno de madaduras... ja, ja, ja.

Y soltó, esto diciendo, una tremenda carcajada. Como el objeto que conducia á aquel paraje á nuestros dos amigos, no era cabalmente otro que el examinar las curiosidades que pudiese ofrecer, se dirigieron á la *hospederia*, especie de meson que cada vecino del valle toma alternativamente á su cargo por espacio de dos años, y ajustando á un mozo del pais para que les llevase las provisiones, siguieron los pasos de *Lucia*, que dando saltos de placer y parándose de rato en rato para ver si era seguida, iba marmoteando entre dientes:

— Jorge va á despertar... mi boda será espléndida... qué gusto va á tener cuando me vea con mis medias encarnadas.

Penetraron con harto trabajo por una garganta que forman dos enormes rocas de granito tan inmediatas una á otra que no dejan lugar sino para una vereda que conduce al valle, y para el torrente que se desprende con estrépito de un montecillo que las domina. En el tránsito se encuentran inmensos peñascales, desplomados picos y precipicios espantosos: la oscuridad que reina perpétuamente, la niebla que se eleva del torrente y las cascadas que se ven descender de todas partes á engrosar sus aguas, inspiran una especie de horror indefinible. Descúbrese despues algunos arbustos que han escapado á la caída de las rocas y de las aguas, y la vista se sorprende al encontrar en seguida un valle agradable donde se descubren algunas habitaciones en la vertiente de las colinas al pié de los témpanos de hielo que amenazan desprenderse á cada momento. Pasada aquella garganta llamada de *Castro*, se encuentra otra hácia el Oriente que se extiende hasta las nevadas montañas de *Lauterbroun*, accesibles solo á los mas arriesgados cazadores de gamuzas. El sitio por donde se penetra en su interior es muy bello. A la derecha se descubren multitud de cascadas que descienden al *Kandel*. Una de ellas ofrece un aspecto imponente y magnífico, precipitándose con estruendo en una sima espantosa, comparable solo al crater de un volcan. Los bordes de este abismo se hallan cubiertos de arena y de menudos guijarros que el viento y las aguas amontonan diariamente. Estos despojos de acarreo y aun la misma montaña, son de un color ferruginoso; las rocas removidas y colocadas unas sobre otras, que el torrente en su tránsito arroja y precipita, son de una magnitud prodigiosa: apenas se puede concebir que hayan podido ser arrancadas de su sitio y puestas en movimiento siendo su extension de mas de una legua. Por cima de estas cascadas se descubren enormes peñascales y montañas de hielo cuyas elevadas cumbres se pierden de vista, ofreciendo un contraste maravilloso la blancura de los témpanos que se desprenden y ruedan hasta su falda con el aspecto negro y horrible de las rocas que bajan á estrellarse.

Asombrados los viajeros de la escena sorprendente que se desenvolvía á sus ojos, seguian en silencio á la loca de *Kandel-Steig*, la cual acariciando á su perro y riéndose á carcajadas al verle saltar á su lado, le decia: «Anda *Risstark*, anda. Tu padre era mas hermoso que tú, y cuando ladraba al lado de *Jorge*, se escuchaban sus aullidos en la cima de la *Alteza*.» El perro, que mostraba estar de inteligencia con su ama, y entender su lenguaje, se puso á ladrar con tanta fuerza que los ecos de las montañas al repetir sus sonidos, parecian anunciar el desprendimiento de las rocas y su caída en los profundos abismos. A medida que avanzaban los dos amigos reconociendo esta naturaleza salva-

je, mas vivos deseos experimentaban de continuar su viaje. Al trepar de roca en roca, descubrian á cada paso nuevas y magníficas perspectivas. El cielo mismo les ofrecia un majestuoso espectáculo: él parecia rebajarse progresivamente y descender sobre sus cabezas; mil copos sombríos destacados de las nubes, sombreaban los espesos vapores de las gargantas que los dominaban. Ellos se habian parado un momento á contemplar las corrientes rápidas, cuando de pronto vieron brillar los relámpagos y el rayo en el seno de la oscuridad: la explosion fué tan terrible que creyeron ver desprenderse todas las montañas arrastrándolos consigo. El silbido espantoso del viento, la caída de algunas peñas rodando con un formidable estruendo, y la repentina desaparicion de las apretadas bolas de nieve que descendian de las cumbres, aumentaron el horror de su situacion. Ignorando lo que debian hacer en este trastorno general, y conociendo demasiado el peligro que corrían de ser sepultados bajo el hielo y las rocas que se desprendian de las montañas, fijaron sus ojos los viajeros en *Lucia* como preguntándola qué medio podian adoptar para evadirse de una muerte espantosa, y observaron con asombro que la risa habia desaparecido de sus labios: sus miradas eran fijas y brillaban en ellas el frenesí y el dolor; dos lágrimas ardientes corrían por sus salcadas megillas, y el perro que tendido en el suelo acariciaba sus piés, parecia serle un objeto indiferente y aun aborrecible. Permaneció inmóvil un gran rato, insensible á cuanto la rodeaba, y recobrando de pronto su habitual alegría, volvió riendo hácia los consternados alemanes y les dijo:

— Seguidme, señores, esto no es nada, pronto se pasará. Vamos, *Risstark*, á las malezas, que viene la inundacion.

Y al punto corrieron todos un largo espacio saltando los torrentes y precipicios que encontraban al paso hasta llegar á unos espesos matorrales que los pusieron al abrigo de las aguas que en breve sobrevinieron. Esta tempestad no fué de larga duracion: á corto rato el cielo se despejó, las rocas fueron saliendo del seno de las nubes, y los trozos de montañas que estaban como suspendidas en los aires y circundadas de espesos vapores, mostraron claramente sus picos cubiertos de eternas nieves, y sus faldas sembradas á trechos de menuda yerba.

Despues de estas escenas aterradoras y magníficas á la vez atravesaron un bosque y se hallaron de pronto en un mundo totalmente nuevo y pintoresco. Ofrecióse á los asombrados ojos de los viajeros un lago que en la extension de legua y media presenta una multitud de golfos y estrechos encantadores. Situado al pié de las mas elevadas rocas, refleja en sus ondas puras la imagen de aquellas, aumentando con estos cuadros ficticios la belleza del paisaje. Los gruesos témpanos de hielo que coronan las cumbres, la pureza del cielo á quien parece que tocan, los arco iris que forman la variedad de sus colores, y el vivo azul de que se hallan rodeadas estas regiones de nieve, que á primer golpe de vista parecen otras tantas nubes movibles, alejan del espectador toda idea de sociedad, y trasportan su imaginacion á los fantásticos paisajes habitados por las *hadass*. El silencio de estos lugares es aun mas remarcable que su hermosura. Apenas es interrumpido sino por el monótono estruendo de las cascadas que se precipitan desde lo alto de las rocas, ya serpenteando entre ellas, y ya sumergiéndole en las ondas del lago que parece rechazarlas.

Llegados á este sitio, la vieja conductora mandó sentar á sus seguidores en una reducida pradera é hizo seña al mozo de que acercase las provisiones para tomar algun refrigerio. Cogió con ansia un gran pedazo de pan, muy escaso en aquellas tierras, y un poco de carne fiambre, devoró estos alimentos como persona que no hubiese cumplido en tres dias con tan imperiosa necesidad, y despues de quedar satisfecha y de acariciar á su perro dándole los desperdicios del banquete, quedó un rato pensativa, se levantó de pronto y echó á correr hácia un promontorio de piedras y troncos de árboles que no lejos estaba: tendióse en tierra aplicando cuidadosamente el oido como si tratase de percibir las palabras de alguna persona que se encerrase en sus entrañas, y volviendo rápidamente á sentarse al lado de los viajeros, les dijo con aire misterioso:

— Aun no ha despertado.

— ¿Quién? preguntó uno de ellos, deseoso de saber las aventuras de aquella mujer singular.

— ¿No os he dicho que *Jorge*?... allí está... bajo ese monton de piedras... está durmiendo y me acaba de encargar que no le despierte, pero vosotros, extranjeros, no entenderéis acaso lo que os digo: todo *Kandel-Steig* lo sabe y me tiene envidia... pero venid... yo os contaré mi historia, y como ya es tarde dejaremos para el otro dia la relacion de lo que aconteció al mágico *Juan Interlaken*: ¿no divisais allá á lo lejos la roca de *Ritter Steing*? pues aquel es el nigromántico convertido en piedra... Seguidme.

Siguieron todos en efecto á *Lucia*, la cual les condujo por el mismo camino que habian traído hasta el lago; y llegados al paraje donde les cogió la tempestad, paróse de pronto á la boca de una sima espantosa, arrancó del suelo un enorme peñasco que apenas tres hombres robustos podrian mover, y le dejó caer con violencia hasta el fondo. Al ruido espantoso que produjo la caída de aquella montaña, siguióse una sonrisa melancólica de *Lucia*, que exclamó asomándose con curiosidad á mirarla:

— Vamos, que esta es grandecilla. Señores, dijo despues mirando á los tres espectadores con una mezcla inexplicable de alegría y de dolor. Yo me llamo *Lucia*;

esto ya lo sabeis. Yo soy hermosa, esto ya lo veis tambien, porque aun cuando ahora tengo canas y unas cuantas arrugas, es efecto de que aun no se ha celebrado mi boda. Hace 32 años que conocí á *Jorge*, que era el joven mas querido de todas las muchachas de *Kandel*, ¡pobres envidiosas! ninguna consiguió de su mano un ramo de flores mas que yo... porque me amaba como yo le amo á él, como á mi perro, mi *Risstark*, que no acierta á separarse un momento de mi lado. Ibamos á casarnos... y ya habia salido de *Lauterbroun* el buen sacerdote *Guillermo Brik* que venia á darnos su bendicion, cuando *Jorge* se separó de mis brazos para ir á recibirle... todo el dia estuvimos esperando su llegada con impaciencia... ¿A que no acertareis lo que sucedió? Páreceme que todavía estoy viendo al buen *Guillermo Brik* con su ropa talar todo empapado en agua. Ja, ja, ja... tiritaba de frio, porque le acometió á la bajada de ese cerro una tormenta... mi pobre *Jorge*, al querer saltar este barranco, se le escurrió un pié y fué rodando hasta el fondo del precipicio... ¡maldita sima! por eso no he de parar hasta llenarla de piedras... pero no se mató. Le hicimos una cama, allá abajo junto al lago donde nos sentamos á comer... yo le mullí la tierra y le eché yerba fresca encima y una cinta de mi traje de boda. Todo aquel dia lloré como una loca, y creyendo que no le volveria á ver; cuando el buen pastor, que era un santo y sabia todo lo que ha de suceder, me dijo... «no llores, *Lucia*, que *Jorge* está durmiendo y dentro de algun tiempo despertará.» Desde entonces vengo todas las mañanas á escuchar si habla... pero siempre me dice lo mismo. «*Lucia*, no me despiertes...» Aquí la loca interrumpió su discurso, permaneció largo rato distraida, y corriendo tan ligeramente por encima de los riscos como una gacela, señaló hácia un paraje de la garganta *Castro*, en donde se descubria una vereda, y dijo con vehemencia á los viajeros: Esa senda os conducirá en derechura á *Kandel-Steig*: seguidla y no me espereis, porque yo quiero pasar dos ó tres dias al lado de *Jorge*. ¡Adios! ¿Qué dirá si se despierta y no me encuentra? ¡Adios! ¡adios! acordaos mucho de mí, de *Lucia* la loca... como me llaman los aldeanos de *Kandel*... y cuando se celebre mi boda, venid y os enseñaré unas medias coloradas y un lazo de cintas que me voy á poner en la trenza.

Dicho esto, les volvió las espaldas y ellos quedaron mirando con enternecimiento aquella sombra humana, que corria por entre la nieve con una velocidad increíble borrando las huellas del perro salvaje que la precedia dando saltos y meneando las orejas para sacudirse la escarcha.

DIAZ.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion. — Véase el número 945).

Juan Willet hizo lo que deseaba su huésped, porque sobre este punto nunca demostraba lentitud, exceptuando los casos en que habia de dar el cambio de una moneda, porque entonces la examinaba de mil maneras, haciéndola sonar sobre una piedra, mordiéndola para ver si se torcia, frotándola con la manga, colocándosela sobre la palma de la mano para cerciorarse del peso y examinando con atencion la efigie, el cordón y el año en que habia sido acuñada. El desconocido, arreglada su cuenta, se abrigó con su gaban para garantirse como mejor podia del tiempo atroz que hacia, y sin despedirse con las palabras ni con el menor ademán, salió de la cocina y se dirigió hácia la caballeriza. José, que habia salido despues de su breve diálogo, estaba en el patio resguardándose de la lluvia con el caballo bajo el techo de un cobertizo.

— Este caballo es de mi misma opinion, dijo José dando una palmada en el cuello del animal; apostaria á que le gustaria tanto como á mí quedarse aquí toda la noche.

— Pue- no estamos de acuerdo, como nos ha sucedido ya mas de una vez en el camino, contestó el desconocido con aspereza.

— En eso mismo estaba pensando antes que saliérais de la cocina, porque parece que el pobre animal sabe el efecto de vuestras espuelas.

El desconocido no contestó y se cubrió el rostro con el cuello del gaban.

— Por lo que veo me reconocereis, dijo cuando estuvo montado, porque reparó que el joven le miraba con atencion.

— Creo que bien merece que se acuerden de él, señor, el hombre que como vos viaja por un camino que no conoce y en un caballo aspeado, y que desprecia una buena cama por una noche como esta.

— Me parece que teneis ojos penetrantes y una lengua muy afilada.

— Será un doble don de la naturaleza, pero el segun-

do don se embota algunas veces por falta de ejercicio. — Pues no os sirvais tanto del primero. Reservad vuestros ojos penetrantes para mirar á las buenas mozas.

Y al hablar así, el desconocido sacudió las riendas que José tenía cogidas con una mano, le descargó un rudo golpe en la cabeza con el puño del látigo, y partió á galope lanzándose al través del lodo y de la oscuridad con una rapidez impetuosa, cuyo imprudente ejemplo hubieran seguido pocos jinetes mal montados, aun cuando hubiesen estado familiarizados con el país, pues para el que no conociera el camino, era exponerse á cada paso á los mayores peligros.

Las carreteras de entonces, hasta en un radio de doce millas de Londres, estaban mal construidas, las recomponían con negligencia y había épocas en que eran intrasitables. Aquel jinete tomaba una que había sido estropeada por las ruedas de pesados carros y por los hielos y deshielos del invierno anterior y hasta tal vez de algunos inviernos. El suelo estaba minado y lleno de baches y grietas, difíciles de distinguir aun durante el día, á causa del agua de las últimas lluvias que las cubría, de modo que una zambullida en una de aquellas cavidades hubiera hecho caer á un caballo de pié mas seguro que el pobre animal que galopaba con mas velocidad de lo que le permitian sus fuerzas. Saltaban sin cesar por debajo de sus cascos guijarros que despedían chispas, y el jinete apenas veía mas allá de las orejas de su montura.

En aquella época infestaban además todos los caminos de las cercanías de la capital ladrones á pié y á caballo, para quienes una noche como aquella era la mas á propósito para entregarse sin temor de ser descubiertos y perseguidos á su profesion ilegal. Sin embargo, nuestro viajero continuaba galopando sin hacer caso del lodo, ni del agua que caía sobre su cabeza, ni de la profunda oscuridad de la noche, ni del encuentro muy probable de algunos malhechores capaces de cualquiera fechoría. En cada ángulo, en cada revuelta, donde menos se podía distinguir el camino, manejaba la rienda sin equivocarse y sin tropezar en las zanjas ó en las piedras que á ambos lados se extendían, y de esta suerte aceleraba su paso alzándose sobre los estribos, inclinando el cuerpo hácia adelante, casi echado sobre el cuello del animal, y haciendo chasquear su pesado látigo sobre su cabeza con rabiosa impaciencia.

Hay horas en que, conmovidos los elementos de una manera insólita, los que se entregan en cuerpo y alma á audaces empresas ó están agitados por grandes pensamientos, ya para el bien, ya para el mal, experimentan una misteriosa simpatía con el tumulto de la naturaleza, al cual corresponden con un trasporte lleno de violencia. Muchos actos terribles se han consumado entre el trueno, el rayo y la tempestad, y hombres que antes sabían contenerse han desencadenado de pronto sus pasiones en rebelion. Los demonios de la ira y de la desesperacion se han empeñado en rivalizar con los que corren sobre el torbellino y dirigen la tempestad, y el hombre, azotado hasta enloquecer por los rugidores vientos y las aguas bramadoras, se ha sentido entonces tan feroz y desapiadado como los mismos elementos.

Sea que el viajero cediera á pensamientos que los furros de la noche hubieran acalorado y hecho saltar como un torrente fogoso, sea que un poderoso motivo le impulsara á llegar al término de su viaje, volaba mas parecido á un fantasma perseguido por la trailla misteriosa que á un hombre, y no se paró hasta que, llegando á una encreujada, uno de cuyos ramales conducía por un trayecto mas largo al punto de donde antes había partido, fué á desembocar tan súbitamente sobre un carro que venía hácia él, que en un esfuerzo para desviarse hizo tropezar al caballo y por poco fué arrojado al suelo.

— ¿Quién es? ¿Quién va ahí? gritó la voz de un hombre.

— Un amigo, respondió el viajero.

— ¡Un amigo! repitió la voz. Pero ¿quién es el que se llama amigo y galopa de ese modo, abusando de los beneficios del cielo representados por un pobre caballo, y poniendo en peligro, no tan solo su propio cuello, lo cual sería de menos, sino tambien el cuello de los demás?

— Llevais una linterna, dijo el viajero desmontando. Prestádmela por un momento. Creo que habeis herido mi caballo con el timon ó con la rueda.

— ¡Herido! exclamó la voz; si no le he muerto; no es por culpa vuestra. ¿A quién se le ocurre galopar de ese modo por una carretera real? ¿Por qué vais tan de prisa?

— Dadme la luz, repuso el viajero arrancándola con su propia mano, y no hagais inútiles preguntas á un hombre que no está de humor para hablar.

— Si me hubiérais dicho desde un principio que no estábais de humor para hablar, tal vez no hubiera estado yo de humor para alumbraros, dijo la voz. Sin embargo, como el que se ha hecho daño ha sido el pobre caballo y no vos, uno de los dos me ha causado lástima y no es por cierto el que se queja.

El viajero no contestó, y acercando la luz al animal que estaba casi sin aliento y bañado en sudor, examinó sus miembros y su cuerpo. En tanto el otro permanecía sentado tranquilamente en su carruaje siguiendo con atencion todos los movimientos del viajero.

El observador era un robusto campesino, obeso, de cara sonrosada, de doble barba y de una voz sonora que indicaban buen aliento, buen sueño, buen humor y buena salud. Había pasado de la flor de la edad; pero el tiempo, respetable patriarca, no siempre es padras-

tro, y aunque no se detiene por sus hijos, apoya con mas cariño su mano sobre los que se han portado bien con él; es en verdad inexorable para hacer hombres viejos y mujeres viejas, pero deja sus corazonas y sus almas jóvenes y en pleno vigor. Para tales personas la escarcha de la cabeza no es mas que la huella de la mano del gran anciano cuando les da la bendicion, y cada arruga no es mas que una señal en el calendario de una vida bien empleada.

El que el viajero había encontrado de una manera tan súbita era una persona de esta clase, un hombre robusto, sólido, muy lozano en su vejez, en paz consigo mismo y evidentemente dispuesto á estarlo con los demás. Aunque envuelto en diversas prendas de ropa y de pañuelos, uno de los cuales, pasado sobre su cabeza y atado sobre un pliegue propicio de su barba, impedía que una ráfaga de viento arrebatase su sombrero tricorno y su peluca roja, le era imposible disimular su enorme panza y su cara rechoncha, y ciertas señales de los dedos sucios que se había enjugado en su rostro realzaban tan solo su expresion extraña y cómica, sin disminuir en nada el reflejo de su buen humor natural.

— No está herido, dijo por fin el viajero, levantando á un tiempo la cabeza y la linterna.

— ¿Todo eso habeis descubierto? dijo el anciano. Mis ojos han sido en otro tiempo mejores que los vuestros, en el día no me cambiaria aun con vos.

— ¿Qué quereis decir?

— ¿Qué quiero decir? Lo que os hubiera dicho cinco minutos antes; que el caballo no estaba herido. Dadme la luz, buen hombre, continuad vuestro camino y andad mas despacio. ¡Buenas noches!

Al entregar la linterna el viajero alumbró de lleno la cara de su interlocutor, y sus ojos se encontraron al mismo tiempo. Entonces dejó caer de pronto la linterna y la destrozó con el pié.

— ¿No habeis visto nunca la cara de un cerrajero para estremeceros como si se os hubiera aparecido un fantasma? gritó el anciano desde el carro. ¿Será tal vez, añadió al momento sacando de un cajon de instrumentos un martillo, algun ardid de ladron? Conozco muy bien estos caminos, amigo, y cuando viajo apenas llevo conmigo algunos chelines que no forman una corona. Os declaro francamente, para ahorrarnos una contienda inútil, que solo teneis que esperar de mí un brazo bastante robusto para mi edad, y este instrumento del que, gracias á un largo ejercicio, puedo servirme con ventaja.

Y al pronunciar estas palabras enarboló el martillo con ademán amenazador.

— No soy lo que os figurais, Gabriel Varden, dijo el viajero.

— Pues ¿qué sois y quién sois? repuso el cerrajero. Segun parece, sabeis mi nombre. Sepa yo el vuestro.

— Si sé como os llamais, no lo debo á que os conozca, sino al nombre que he leído en la tablilla que llevais en el carro y que lo publica bien claramente.

— Entonces teneis mejores ojos para leer que para examinar caballos, dijo Varden bajando del carro con agilidad. ¿Quién sois? Veámonos las caras.

Mientras el cerrajero bajaba, el viajero volvió á montar á caballo, y desde allí tenía entonces enfrente de él al anciano que, siguiendo todos los movimientos del animal impaciente al sentir la rienda, permanecía lo mas cerca posible del desconocido.

— Veámonos las caras.

— ¡Atrás!

— Dejaos de mozigangas, dijo el cerrajero. No quiero que se cuente mañana en la taberna que Gabriel Varden se ha dejado asustar por un hombre que ahueca la voz en noche tenebrosa. ¡Alto! He de veros la cara.

El viajero, conociendo que resistir mas no tendria otro resultado que el de una lucha con un adversario que no era despreciable, dobló el cuello de su gaban y se bajó para mirar fijamente al cerrajero.

Tal vez no se habrían encontrado nunca cara á cara dos hombres que ofrecieran tan notable contraste. Las facciones sonrosadas del cerrajero daban tal relieve á la excesiva palidez del hombre á caballo, que parecía un espectro privado de sangre, y el sudor que en aquella marcha forzada había humedecido su rostro se deslizaba por las megillas en gruesas gotas negras como un rocío de agonía y de muerte. La fisonomía del cerrajero estaba iluminada por una sonrisa; era la de un hombre que esperaba sorprender en el desconocido sospechoso alguna malicia oculta del ojo ó del labio para revelarle uno de sus amigos bajo este sutil disfraz y destruir el misterio de la broma. La fisonomía del otro, sombría y feroz, pero contraída tambien, era la de un hombre acorralado y reducido á ceder á una fuerza superior, en tanto que sus dientes apretados, su boca torcida por un gesto horrible, y mas que todo esto, un movimiento furtivo de su mano en el pecho, parecía indicar una intencion perversa que nada tenía de comun con la pantomima de un actor ó con los juegos de un niño.

Miráronse así uno al otro en silencio durante algunos segundos.

— No os conozco, dijo el cerrajero cuando hubo examinado las facciones del viajero.

— No lo sintais, respondió este volviendo á abrigarse.

— No lo siento en efecto, dijo Gabriel; y si os he de hablar con franqueza, os confieso que no llevais en la cara ninguna carta de recomendacion.

— Tampoco lo deseo, dijo el viajero; lo que quiero es que me dejen en paz.

— Creo que os darán gusto, repuso el cerrajero.

— Me darán gusto de grado ó por fuerza, dijo el via-

jero con tono brusco. En prueba de ello, grabad bien en la memoria lo que voy á deciros: en toda vuestra vida habeis corrido un peligro mas inminente que durante estos breves momentos, y cuando os halleis á cinco minutos de vuestro último suspiro no estareis mas cerca de la muerte de lo que lo habeis estado ahora.

— ¿Cómo? dijo el robusto cerrajero.

— Sí, y de una muerte violenta.

— ¿Y qué mano había de dármela?

— La mia, respondió el viajero.

Y partió espoleando el caballo.

En un principio siguió el animal un paso lento en medio de las tinieblas, pero su velocidad fué creciendo por grados hasta que se llevó el viento el último sonido de sus cascos en las piedras del camino. Entonces partió á escape con una furia igual á la que había ocasionado su choque contra el carro del cerrajero.

Gabriel Varden permaneció de pié en la carretera con la linterna en la mano, asombrado y escuchando en silencio hasta que no llegó á su oído mas rumor que el gemido del viento y el monótono ruido de la lluvia. Por último se descargó dos buenos puñetazos en el pecho como para despertarse y lanzó esta exclamacion:

— ¿Quién será ese hombre? ¿un loco? ¿un ladron? ¿un asesino? Si tarda un momento mas en tomar las de villadiego, yo le hubiera dicho cuántas son cinco y quién de los dos estaba en peligro. ¡Que nunca me he visto mas cerca de la muerte! Esperó que me quedan aun veinte años de vida, y no entra en mis cálculos morir de muerte violenta. ¡Bah! ha sido una fanfarronada! El pícaro se está riendo ahora de mí, de seguro.

Gabriel volvió á subir al carro, miró con ademán pensativo el camino por donde había venido el viajero, y cuchicheó á media voz las reflexiones siguientes:

— El Maypole... hay dos millas de aquí al Maypole. He tomado el otro camino para venir de la Garenne despues de trabajar todo un día en el arreglo de las cerraduras y las campanillas. Mi objeto era no pasar por el Maypole y cumplir mi palabra á Marta. ¡Vana resolucion! Seria peligroso ir á Londres con el farol apagado. De aquí á Halfway House hay cuatro millas y media mortales, y precisamente entre estos dos puntos es mas necesaria la luz. ¡Dos millas de aquí al Maypole! He dicho á Marta que no entraria y no he entrado. ¡Vana resolucion!

Repitiendo varias veces estas dos últimas palabras como si hubiera querido compensar su debilidad con la constancia con que hasta entonces había resistido á la tentacion, Gabriel Varden hizo retroceder al caballo, decidido á tomar una luz en el Maypole, pero nada mas que una luz.

Sin embargo, cuando llegó á la posada y José, respondiendo á su voz conocida y amiga, abrió la puerta para recibirle y le descubrió una perspectiva de calor y de claridad; cuando la viva llama del hogar, esparciendo por toda la cocina su rojizo resplandor, pareció traerle como una parte de sí propia un grato rumor de voces y un suave perfume de aguardiente quemado con azúcar y de tabaco exquisito, empapado todo por decirlo así en la alegre llama que brillaba; cuando las sombras, pasando rápidamente al través de las cortinas de la chimenea, demostraron que los que estaban dentro se habían levantado de sus buenos asientos y se estrechaban para formar uno para el cerrajero en el rincón mas abrigado — ¡conocía él tan bien este rincón! — y que una viva claridad, brotando de pronto, anunció la excelencia del tizon encendido del cual subía una magnífica gavilla de chispas en aquel momento, en obsequio de su llegada; cuando para mayor seduccion se deslizó hasta él el agradable chirrido de la sartén con el ruido musical de platos y cucharas y un olor sabroso que trocaba el viento impetuoso en perfume, Gabriel sintió exhalarse su firmeza por todos sus poros. Trató sin embargo de mirar estóticamente la taberna, pero sus facciones perdieron su severidad y su mirada hosca se convirtió en mirada de ternura. Finalmente, volvió la cabeza, pero la campiña fria y tenebrosa pareció invitarle á buscar un refugio en los hospitalarios brazos del Maypole.

— El hombre verdaderamente humano, dijo el cerrajero á José, lo es tambien para su caballo. Voy á entrar un momento.

Y en efecto, ¿no era muy natural entrar? ¿No parecía por el contrario un disparate que un hombre juicioso estuviera trotando sobre las balsas del camino y arrojando las ráfagas del viento y la lluvia, cuando había allí un pavimento limpio, cubierto de arena blanca que cruja bajo el pié, un hogar bien barrido, un buen fuego, una mesa adornada con manteles de perfecta blancura, vasos de estaño deslumbrantes y otros preparativos muy tentadores de una comida bien arreglada, y cuando semejantes cosas y una reunion dispuesta á hacerles honor estaban allí, á su mano y convidándole con instancia al placer?

III.

Tales fueron los pensamientos del cerrajero cuando se sentó primero en el cómodo rincón, recobrándose poco á poco del agradable deslumbramiento de la vista, y decimos agradable, porque como procedía del viento que le había soplado en los ojos, le autorizaba, por consideracion á sí propio, á buscar un albergue contra el mal tiempo. Por el mismo motivo le dió tambien la tentacion de exagerar un tos ligera y declarar que no

sentia muy bien. Esto se prolongó mas de una hora y hasta que, terminada la cena, fué á sentarse en el abrigado rincón, escuchando á Salomón Daisy, cuya voz parecia el canto del grillo, y tomando con importancia real una buena parte en la charla comun de la chimenea del Maypole.

— Lo que deseo es que sea un hombre honrado, dijo Salomón que resumía diversas conjeturas relativas al extranjero, porque Gabriel había comparado sus observaciones con las de los tertulianos suscitando una grave discusión; sí, deseo que sea un hombre honrado.

— Creo que todos lo desearíamos también, ¿no es verdad, señores? añadió el cerrajero.

— Pues yo no, dijo José.

— ¿Por qué? exclamó Gabriel.

— Porque el cobarde me ha dado un golpe con el látigo estando á caballo y yo á pié. Preferiría que fuese lo que creo que es.

— ¿Y qué puede ser, José?

— Nada bueno, señor Varden. Por mas que me neéis la cabeza, padre, digo que ese hombre no es nada bueno, repito que no es nada bueno, y lo repetiría cien veces si esto pudiera hacerle volver para recibir la tunda que merece.

— Callad, señorito, dijo Juan Willet.

— Padre, no callaré. Por culpa vuestra se ha atrevido á hacer lo que ha hecho. Había visto que me trataban como un niño y me humillaban como á un imbecil, y esto le dió valor; así pues, quiso también maltratar á un joven que se imagina, y es muy natural, que no tiene ánimo para levantar una paja del suelo. Pero se equivoca, y yo se lo haré ver y os lo haré ver á todos muy pronto.

— ¿Sabe ese muchacho lo que se dice? exclamó Juan Willet muy asombrado.

— Padre, repuso José, sé muy bien lo que me digo y lo que quiero decir, mucho mejor que vos cuando me escucháis. De vos lo sufriré todo, pero ¿cómo he de tolerar el desprecio que la manera con que me tratáis me acarrea todos los días? Mirad los jóvenes de mi edad: ¿No tienen libertad ni derecho de hablar cuando quieren? ¿Les obligan á estar sentados como en el juego de la boca cerrada, á estar á las órdenes de todo el mundo, y en una palabra, á ser el hazme reír de jóvenes y viejos? Soy la burla de todo Chiquell, y os declaro, mas vale que os lo diga ahora que esperar vuestra muerte y vuestra herencia, os declaro que muy pronto me veré precisado á romper estos lazos, y que cuando lo haya hecho, no tendréis que quejaros de mí, sino de vos mismo y de nadie más.

Juan Willet quedó tan confundido ante la exasperación y la audacia de su hijo, que permaneció en el asiento como un hombre que ha perdido la razón. Miró fijamente con una seriedad risible el caldero de cobre, y trató, sin poder conseguirlo, de reunir sus morosas ideas y buscar una respuesta. Los tertulios estaban tan agitados é inquietos como él, de modo que con diversas expresiones de pesame balbuceadas á media voz y con vagos consejos, se levantaron para partir antes que estallase la tormenta.

Tan solo nuestro buen cerrajero pronunció algunas palabras seguidas y dió consejos sensatos á ambas partes, diciendo á Juan Willet que se acordase de que José iba á llegar á la edad viril y no debía ser tratado como un niño, y exhortando á José á sufrir los caprichos de su padre y á vencerlos con observaciones moderadas y no con una rebelión.

Estos consejos fueron recibidos como se reciben habitualmente semejantes consejos; hicieron tanta

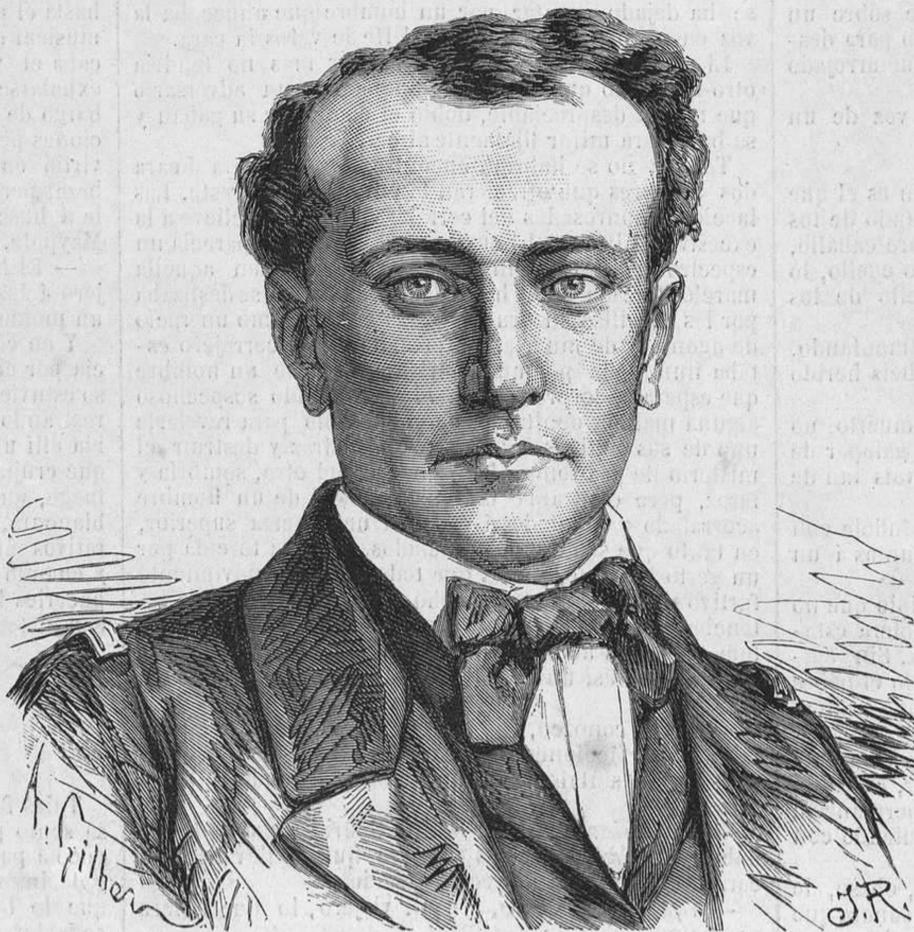


M. Dorian.

impresión á Juan Willet como á la muestra exterior de la posada, en tanto que José, que le escuchaba con atención, le dió las gracias con todo su corazón, pero declarando cortesmente su intención de no hacer mas que lo que tenia decidido sin ceder á consejos de nadie.

— Siempre habeis sido un excelente amigo para mí, señor Varden, dijo cuando estuvieron en la puerta de la posada y el cerrajero se preparaba para volverse á su casa; sé que todo lo que me decís es por pura bondad, pero ha llegado el día en que el Maypole y yo debemos separarnos.

(Se continuará.)



Marcel Foillard, capitán de artillería, muerto el 19 de enero.

M. Dorian.

M. Dorian, nombrado representante por el Loira en 1869, se distinguió inmediatamente entre sus colegas de la oposición por la estudiva constancia con que se consagraba al examen de las cuestiones industriales y comerciales que los grandes oradores suelen desdeñar llamándolas *cuestiones de negocios*. ¡Seis meses han bastado para hacer comprender á la Francia lo que valen esas cuestiones de negocios!

Conocida la aptitud especial de M. Dorian, una vez consumada la revolución de setiembre, M. Dorian fué nombrado ministro de Obras públicas, en cuyo cargo ha demostrado un talento incontestable. Incansable trabajador y administrador de una energía á toda prueba, M. Dorian se ha adquirido una popularidad que no ha provocado con un solo discurso.

Con muy buen derecho puede reclamar una gran parte en la obra de la defensa y del sitio. El fué quien, resistiendo á la rutina del comité de artillería hizo fundir los cañones de á 7 que hoy todo el mundo admira; él fué quien dió al trabajo de las municiones una actividad que no se desmintió un solo instante, y la opinión era tan favorable al ministro, que su nombre figuraba á la cabeza de todos los programas que reclamaban

otros jefes para emprender una acción mas enérgica. Hé ahí, pues, un hombre político que sin pretensiones á la elocuencia ha probado que se podía servir bien al país. ¿No es lección que debe aprovecharse? H. C.

M. Marcel Foillard.

M. Marcel Foillard, nacido el 5 de mayo de 1838 en Romaneche (Saona y Loire), se embarcó de los primeros en el *Borda* en abril de 1855 y era alférez tres años después. En 1864 dió su dimisión y no volvió al servicio sino al declararse la guerra.

Capitán del 4º regimiento de artillería, tomó parte en la batalla del 19 de enero y allí murió en las circunstancias siguientes:

Habíase concluido para él la batalla y volvía con su batería al lugar indicado, cuando vió que cejaban los guardias movilizadas del departamento de las Costas del Norte que anteriormente había mandado en Rosny contra los prusianos. Al punto saltó de su caballo, desenvainó su sable é hizo volver á los fugitivos contra los alemanes.

En ese movimiento, á cuya cabeza figuraba, recibió á quemaropa una bala que entrando en su cuerpo por el lado izquierdo, salió por el pecho en la región del corazón.

M. Marcel Foillard había tomado parte en las campañas de Crimea, de China y de Cochinchina.

Durante el sitio de París había hecho grandes servicios en Rosny y se batió en Champigny admirablemente.

El día en que dejó el fuerte de Rosny para pasar á la artillería de tierra, el capitán de fragata M. Kiesel, que era á la sazón alférez de navío, le entregó un estuche que encerraba su propia cruz de caballero de la Legión de Honor.

En el interior del estuche se lee: «Al excelente Marcel Foillard, en prevision del triunfo que obtendrá dentro de algunos días.» M. Foillard estaba propuesto para la condecoración de la Legión de Honor. P. P.